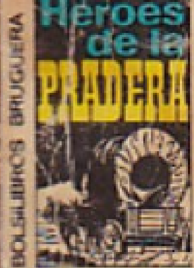


Silver Kane

CUERPO A CUERPO

PRADERA 291

Silver Kane

CUERPO A CUERPO

SILVER KANE
CUERPO A CUERPO



Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 291
Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319 — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.294 — La casa del fuego eterno.

En Colección SALVAJE TEXAS.

736 — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

759 — El reloj se paró a las once.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

672 — La muerte color de lluvia.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

289 — Benny Holt.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78 — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

36 — La muerte tiene un millón de ojos.

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 20.366 - 1975
Impreso en España - Printed in Spain
2.ª edición: julio, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1975

CAPITULO PRIMERO

El hombre tiró suavemente de las riendas de su caballo para que éste se detuviera, y miró la calle sobre la cual, a aquella hora, flotaba un leve polvo amarillo.

Era justamente el mediodía, y el sol estaba en su cénit. Ningún objeto, ninguna casa, proyectaba sombra.

El recién llegado había tenido muy en cuenta aquel detalle. Quería llegar justamente al mediodía. Así, si el desafío se celebraba en la calle, ninguno de los dos enemigos tendría el sol de cara. Los dos se distinguirían perfectamente.

Se apeó del caballo y lo amarró calmosamente frente al establecimiento bancario de la localidad. Sus nervios debían ser de acero, porque no se apreciaba el menor temblor, la menor inquietud en aquel hombre, pese a saber que dentro de poco se iba a enfrentar con el pistolero más temible de Texas.

El *saloon* estaba situado a unos veinte pasos. Su rótulo amarillento, cubierto de polvo, anunciaba al cliente que allí podía encontrar tres cosas: «Whisky, Mujeres, Broncas». Era difícil calcular, a juzgar por los tipos que entraban allí, qué era lo que preferían.

El hombre fue avanzando lentamente sobre la acera de tablones, haciendo sonar quedamente los tacones de sus botas. Era muy alto, tenía las espaldas anchas y la cintura fina. Debía contar unos veinticuatro años. Llevaba pantalones tejanos azules, una camisa clara y una estrella de *sheriff* brillando sobre su pecho.

A pesar de que él no vivía en aquella población, mucha gente le conocía. Todo aquello formaba parte del condado sobre el que tenía jurisdicción.

Algunos le saludaron.

—*Hola, sheriff*.

—Buenos días, Hudson.

—Hermoso tiempo, ¿eh?

Hudson se limitaba a contestar con un leve movimiento de cabeza, teniendo la vista fija en el rótulo del *saloon*.

Conforme se iba aproximando, conforme los pasos que le quedaban para llegar hasta la puerta eran cada vez menos, sentía

que se le iba secando la boca.

Sin embargo, no tenía miedo. No. Era solamente una sutil curiosidad, un deseo impreciso de saber lo que pasaría.

Llegó ante la puerta del *saloon* y empujó los batientes con el pecho, llevando la derecha a la altura del revólver. Vio lo que había visto tantas veces en lugares semejantes: mesas semivacías a aquella hora, dos mujeres aburridas y sentadas de cualquier manera, mostrando generosamente las piernas, una larga barra, unos cuantos tipos con el sombrero echado sobre los ojos, y moscas, muchas moscas retozando en los lugares donde se posaba el sol.

Hudson miró fijamente a uno de aquellos tipos, el que estaba situado al fondo de la barra. Este también llevaba el sombrero echado sobre los ojos, pero era distinto de los otros. Era más alto, más fuerte, y sin que se supiera bien por qué, uno notaba en seguida que era también peligroso.

Hudson se detuvo cerca de la puerta, procurando que ningún rayo de sol le diera en los ojos.

—Sullivan… —dijo tranquilamente.

Su voz fue suave y casi amistosa, pero en el silencio del local produjo el efecto de un trueno.

Instantáneamente, los hombres que estaban cerca del llamado se apartaron a toda velocidad. Sabían que, en Hudson, aquella voz amistosa era como una sentencia de muerte.

El llamado Sullivan alzó un poco la cabeza, sin inmutarse, y entonces fueron visibles sus ojos.

Curiosamente, se parecía a Hudson. La misma ex presión implacable, sus mismos ojos grises y muertos; la misma boca rígida y la misma expresión que parecía tallada en piedra.

Sullivan apoyó el codo izquierdo en la barra, teniendo el brazo derecho completamente libre.

—Hola, Hudson. Confieso que empezaba a extrañarme que no vinieras.

—¿Por qué no te has largado, entonces, de aquí?

—Estaba cansado. Cansado de huir, ¿entiendes? No sé si podrás comprender lo que es eso.

—Sí que lo comprendo. Claro que sí, muchacho… Y precisamente te traigo una solución para tu problema.

—Vas a ponerme a *descansar* en la cárcel, ¿no?

—¿Qué sitio mejor? Tengo unas cuantas celdas la mar de frescas y donde, además, nadie va a molestarte.

—Comprendido, Hudson. Nadie me molestará hasta el juicio. ¿O quizá vendrán a buscarme para la horca directamente, sin necesidad de que el Jurado me condene?

—Tendrás un juicio imparcial, Sullivan.

Sullivan sonrió secamente.

—No me hago ilusiones. Por imparcial que sea, la sentencia tiene que ser una condena a muerte. Por eso trataré de defender mi vida ahora que no tengo las manos atadas.

Hudson alzó la cabeza poco a poco. Cuando llegó a la población, después de que un confidente le dijo que Sullivan estaba allí, sabía que aquello sucedería, inevitablemente. El pistolero no se entregaría sin lucha. Por eso había elegido la hora del mediodía, buscando no tener ninguna desventaja a causa del sol, si el duelo se celebraba en la calle.

Pero iba a ser en el *saloon,* por lo visto. Y con más rapidez de lo que él imaginó.

Sullivan preguntó, dejando caer las palabras una a una:

—¿Por qué no has traído más hombres? ¿Por qué corres un riesgo inútilmente viniendo tú solo?

—Sabes que únicamente cuento con un ayudante y me era necesario para guardar el orden en la capital.

—¿Y por qué no formar un grupo de voluntarios? ¿No les gusta la sangre a los de tu cochina ciudad?

—No quería una masacre, Sullivan. Los reglamentos me ordenan que trate de detenerte... y que te mate si no obedeces.

—Pues tendrás que matarme, Hudson... si es que puedes, naturalmente. ¿Te parece bien esta distancia?

—Me parece perfecta.

—Está bien. ¡«Saca»!

Los dos hombres se inclinaron y sacaron sus armas al mismo tiempo, empleando una técnica tan similar que pareció como si la hubieran aprendido con un mismo maestro.

Los movimientos del uno fueron calcados de los del otro. Y tan precisos que ninguno de los dos sacó a su enemigo ni una décima de segundo de ventaja.

Inevitablemente ambos tenían que ser alcanzados; pero aquel

duelo lo resolvió el azar. El hombre que atendía la barra, al moverse a causa de la excitación del momento, desplazó una jarra de metal que estaba junto a su mano derecha, aquella jarra hizo de espejo, reflejando el sol., y envió un brusco rayo de luz a la cara de Hudson. Éste parpadeó un instante, sólo un brevísimo instante, mientras echaba para atrás la cabeza; pero aquellas décimas de segundo perdidas bastaron para que su enemigo tuviera una decisiva ventaja.

Sullivan disparó primero.

De todos modos, aquel azar salvó también la vida a Hudson, ya que al mover la cabeza para esquivar el rayo de luz, evitó también que la bala, que iba a atravesarle la frente, le alcanzara de lleno. El plomo dejó en su mejilla un surco del que saltaron en seguida dos rápidos hilos de sangre.

Hudson hizo fuego por instinto, dominando su dolor, pero aquellas décimas de retraso hicieron que ya no pudiese alcanzar a su enemigo. Este había saltado de costado, adivinando el flanco por el que vendría el tardío balazo, y quedó a salvo. Durante unos instantes tuvo a su merced al *sheriff*, que había caído a tierra. No le hubiera resultado demasiado difícil rematarlo de un balazo en la cabeza.

Pero aquello no haría, en el fondo, más que complicar las cosas para Sullivan. El pistolero que mata a un *sheriff* entra automáticamente en la categoría de los «perros rabiosos», y se le persigue con una saña implacable. Sobre todo si le mata estando el *sheriff* indefenso.

Por eso Sullivan optó por lo más práctico, que era huir. Su ágil y musculoso cuerpo se tensó y luego pareció salir disparado. Durante algunos segundos voló materialmente por los aires, hasta chocar contra los batientes. Estos temblaron al impacto, y el pistolero rodó por las tablas del porche hasta salir escupido a la calle. Apenas unos segundos más tarde, se ponía en pie, saltaba sobre su caballo y picaba espuelas para salir a galope.

Nadie le persiguió.

Todo el mundo conocía la fama de Sullivan y no hubo un valiente que se arriesgara a recibir una bala entre las cejas.

Hudson, tambaleándose, se puso en pie también, mientras su mano izquierda sujetaba la mejilla empapada en sangre.

Corrió hacia la puerta, intentando perseguir a su enemigo, pero

alguien le sujetó por la camisa cuando ya estaba casi en la calle, deteniendo bruscamente su carrera.

—¡Deténgase! ¿Está loco?

Hudson se revolvió.

—¡Déjeme!

—¡Esa herida puede ser grave! ¿Qué ocurrirá si sale a perseguir a ese tipo y luego se desangra?

Hudson entornó los párpados, hasta los que había saltado la sangre. Vio entre brumas a Samuels, el médico de la población.

—¡He dicho que me deje! —barbotó.

Samuels le empujó hacia atrás, en tanto otro de los clientes procuraba inmovilizar al *sheriff*. Este lanzó varias maldiciones, pero al fin terminó por estarse quieto, comprendiendo que el médico tenía razón. Era de locos lanzarse a una persecución —que no sabía cuánto podría durar— sin cortar antes aquella hemorragia.

Además, Sullivan, que era un excepcional jinete, debía haberle sacado ya una buena ventaja.

El médico abrió los bordes de la herida, lo que produjo a Hudson un dolor insufrible, y derramó sobre ellos un chorro de whisky. Era una cura eficaz, pero que no hubiese soportado ni un caballo. Hudson apretó los labios desesperadamente, para no gritar, pero el dolor llegaba a su cerebro en oleadas tan terribles que no pudo soportarlo. Perdió el sentido.

Cuando lo recuperó, apenas un par de minutos después, el médico le limpiaba la herida y apretaba ahora sus bordes para contener la hemorragia. Luego le puso unas compresas y se lo vendó todo muy fuertemente, anudándole los vendajes a la cabeza. Hudson pensó que su aspecto debía ser lamentable; seguro que parecía un tipo con dolor de muelas.

Samuels le miró dubitativamente.

—No piense en eso —dijo—. Mejor es estar vendado que muerto.

—¿Qué es lo que tengo, matasanos?

—La bala ha hecho una trayectoria rara, al chocar con el pómulo, y ha recorrido parte de la mejilla. No es grave, pero hubiera sido una locura salir sin curarse antes.

—¿Quedará cicatriz?

—De momento, sí, pero ya sabes que con los años eso se borra. Los vendajes podrás quitártelos dentro de tres días.

Hudson cerró un momento los ojos.

Pese a las consoladoras palabras de Samuels, él sabía que pasaría muchos años con la cara marcada. Toda la vida quizá. Una cara marcada por el pistolero Sullivan…

—Cómo le odio… —silabeó—. ¡Cómo he llegado a odiar a ese maldito perro!… Dedicaré todo lo que me queda de vida a acabar con él…

El médico le miró dubitativamente desde unos pasos de distancia, en silencio.

Sabía que Hudson no mentía. Y que siempre cumplía sus promesas.

Aquello iba a traer más sangre…

* * *

Hudson no regresó a la capital hasta cuatro días más tarde, cuando ya había podido quitarse los vendajes y no tenía el aspecto de un hombre con dolor de muelas.

De todos modos, su aspecto no era el que fue siempre.

Sobre su rostro joven, de líneas viriles y recias, tostado por el sol, aquella cicatriz era como un estigma, como un perpetuo recuerdo de que había sido vencido. No bastaba con que Sullivan hubiera logrado escapar; encima, él tenía que llevar su marca.

Penetró en la ciudad a la hora del anochecer, cuando había poca gente en las calles. De todos modos, antes de llegar a su casa, tropezó con el predicador Riley, que era una especie de pregonero mayor de la ciudad. No sólo amenazaba a los pecadores con el infierno, sino que estaba enterado de todo lo que ocurría en cincuenta millas a la redonda y se preocupaba de divulgar las noticias sin descanso. Teniéndole a él allí, no hacía falta leer el periódico.

Riley le detuvo.

—Hola, *sheriff,* ¿qué tal?

—Ya ve… —dijo ambiguamente Hudson.

—Me he enterado de lo que ocurrió.

—¿Sí?

—Yo me he enterado, y toda la ciudad lo sabe también. Eso no es más que un anticipo de lo que va a ocurrirle, Hudson. Porque usted no es un hombre piadoso.

—¿Quiere dejarme en paz, predicador?

—La otra noche tuve una visión. Le vi a usted muerto.

—Pues por poco hace diana.

—Mi hija, a la que conté aquel sueño, se llevó un gran disgusto. Dice que usted no es tan mala persona como parece.

—Sí, claro. Menos mal que su hija no habla tanto como usted.

—Pretende decir que resulto pesado, ¿no? Está bien, vaya, vaya. Su hermana ya está advertida.

—¿Está advertida de qué?

—De que le han triturado la cara. Todo el mundo lo comenta.

Hudson refunfuñó:

—El día que pesque a Sullivan, la gente no va a tener tantas ganas de hacer broma...

Se alejó del predicador. Pero éste le amenazó aún con el dedo, como si le vaticinara todos los malos de este mundo y del otro.

—¡Y recuérdelo bien, Hudson! ¡Esto no es más que un anticipo del infierno que merece por sus pecados! ¡Arrepiéntase!...

En aquel momento una muchacha se acercó tímidamente al predicador, que estaba lívido al ver que el otro le había vuelto la espalda y se alejaba tranquilamente, sin hacerle caso.

—Por favor, papá —suplicó—. No grites de esa manera...

—¡Le hablo de lo que le espera, y lo hago por su bien! ¡Ese hombre va de cabeza al infierno, con caballo, revólver y estrella, para que no le falte nada!

—El señor Hudson no es tan mala persona como tú crees...

—No, ¿eh? Pues tendrías que oír a los que le conocen bien. Ha nacido para matar... ¡pero ya va teniendo su castigo!

Hudson, entretanto, había llegado ya ante su casa.

Esta estaba algo aislada del resto de la población, y, por tanto, lejos de la oficina y de la cárcel. Era una casa blanca, nueva, pero que Hudson aún tenía que pagar en gran parte. La verdad era que, a veces, al enfrentarse con un forajido y sacar el revólver, pensaba que aún no podía permitirse el lujo de que le mataran. Necesitaba vivir y trabajar, porque estaba atiborrado de deudas.

El caballo relinchó, al presentir el calor de la cuadra, y ésa pareció ser la señal para que una mujer abriese la puerta y mirara al exterior con una ansiedad que era incapaz de disimular.

Iba vestida de blanco y era un poco más joven que Hudson.

Resultaba muy bonita, y aún debió serlo mucho más algunos años antes. Le habían perjudicado mucho el nacimiento de su hijo y el sinfín de sufrimientos que desde entonces pasó.

Al ver al *sheriff* ahogó un gemido.

—¡Ted!

Ted Hudson desmontó y acarició lentamente el cuello del caballo, procurando tener la cabeza vuelta de un lado para que la mujer no viese la cicatriz qué había en el otro.

Un chaval rubio, de unos cuatro años, pero ya vestido como un hombrecito, salió corriendo también.

—¡Tío Hudson!

El *sheriff* le acarició los cabellos.

—¿Qué hay, Tim?

—Estábamos muy preocupados por usted, señor Hudson —dijo una voz.

El *sheriff* se volvió y pudo ver a River, el médico de la población. Por lo visto todo el mundo estaba enterado ya de su llegada y de lo que había sucedido.

—Hola, River. ¿Por qué estaban preocupados?

—Porque tardaba usted más de lo acostumbrado. En fin..., bonita cicatriz, ¿eh? Pero ya veo que mi colega, el doctor Samuels, le hizo un buen trabajo.

Hudson, aunque de mala gana, se dejó examinar la herida.

La mujer se había acercado también. La miró con dolor, mientras apretaba los labios.

—Bueno, un *sheriff* con una cicatriz tampoco queda mal —dijo River por todo comentario—. Al fin y al cabo, es usted un profesional de la violencia, Hudson. Y esa señal, que ahora es tan aparatosa, irá desapareciendo con el tiempo.

—No me importa. Lo único que yo quiero es cazar a Sullivan.

—¿Sabe adónde huyó?

—Si lo supiera, ¿cree que estaría aquí?

River hizo un gesto de hastío.

—Bueno, sea como sea, más vale que se quede a descansar unos días, Hudson. Su hermana estaba muy preocupada.

—Lo supongo.

—No me parece justo que haga vivir en constante sobresalto a una mujer viuda como ella. Yo siempre he dicho que Ellen debería

casarse otra vez; y buenos partidos no le faltan.

Ellen saltó como si acabaran de insultarla.

—¡Ya sabe que no volveré a casarme jamás, doctor River! ¡Lo he dicho cíen veces!

—Bueno, bueno, mujer... No hay para ponerse así...

Hudson fue a entrar en la casa. El pequeño Tim sujetó las riendas del caballo.

—¿Quieres que lo lleve a la cuadra, tío Hudson?

—De acuerdo, pero ten cuidado. Podría encabritarse...

—No hay peligro. «Luzbel» es muy manso... ¡No sé por qué se te ocurrió ponerle ese nombre!

—¡«Luzbel»!... —susurró Hudson nostálgicamente—. Bueno, quizá sea un viejo recuerdo.

Entró en la casa, en compañía de Ellen. Dentro estaba la chimenea encendida, porque al anochecer empezaba a refrescar. Las lámparas derramaban una claridad tibia y agradable. De repente, Hudson sintió que le dominaba una gran amargura y un inmenso cansancio.

—No debes pensar más en ello —susurró Ellen—. No quiero que esta cicatriz sea un tormento para ti.

—Me acostumbraré a ella.

—En cierto modo, y aunque no me creas, te favorece. Quedas así, ¿cómo te diría?, más viril. ¡Si hasta hay gente que se hace cicatrices a propósito porque cree que así causa más efecto!

—Tonterías —susurró Hudson.

Se había dejado caer sobre una silla, junto a la mesa. Ellen fue hasta un extremo de la habitación y regresó con una botella de brandy y un vaso, que llenó a medias,

—Toma, bebe un poco.

—No tengo sed. Lo único que necesito es pensar. ¡Saber cuándo encontraré a ese hombre!

Ella se acercó, acariciándole levemente los bordes de la cicatriz.

—Olvídalo...

—No puedo. ¡Qué más quisiera yo! ¿Crees que no desearía pensar en otra cosa?

Los labios de la mujer se acercaron al rostro.

—Vamos, vamos, Ted... No seas de ese modo...

El parecía absorto. Tenía la mirada fija en un mismo punto de la

pared. Diríase que se encontraba muy lejos de allí.

Volvió a la realidad cuando notó que los labios de la mujer se deslizaban un poco más abajo.

Que buscaban sus propios labios.

—¿No piensas en el niño? —susurró.

—El se pasará mucho rato en la cuadra. Le gustan los caballos y no volverá en seguida. ¿Por qué eres así, Ted?

Ted Hudson se puso en pie. Su mirada volvía a ser la de un hombre ausente, volvía a estar perdida en la habitación.

El pecho de Ellen subía y bajaba agitadamente. Hasta las aletas de su nariz, hasta sus párpados vibraban de pasión.

—Ted... —susurró—. ¡Ted!

El *sheriff* volvió la espalda y entró bruscamente en su habitación, cerrando de un portazo.

CAPITULO II

Sullivan acercó su caballo a los matojos y lo hizo caracolear hábilmente entre ellos, sorteando las espinas y las ramas caídas en el suelo, hasta llegar a una pequeña zona clara donde la hierba crecía con menos vigor.

Todo estaba abandonado, y daba la sensación de un lugar que durante años y años no había sido hollado por los pies de un hombre.

Sullivan descabalgó y sacudió el polvo de su viejo sombrero. Su ropa también estaba cubierta de polvo, pero ésa resultaba inútil sacudirla. En cuanto a su cara, ostentaba una barba de varios días, y de sus labios colgaba un cigarrillo sin encender.

Lo único que estaba nuevo y reluciente en Sullivan

era su revólver, porque el «Colt» y el caballo eran lo único que cuidaba.

Se acercó al centro de aquella zona despejada. En ésta había una tumba con una sencilla cruz. Y colgada de esa cruz, una vieja diana de madera agujereada por el centro.

El efecto que producía todo aquello era extraño, casi espectral.

Y más espectral resultaba todo aún, cuando se leía el nombre escrito a navaja en uno de los brazos de aquella cruz: LUZBEL.

Era un nombre satánico, y por tanto muy poco adecuado. Sin embargo, ¿a quién le importaría aquello en un paraje tan desierto? Además, Sullivan tenía sus propias ideas sobre el particular.

«Luzbel» había sido un simple apodo, y él sabía que el hombre a quien se lo aplicaron tenía muy poco de satánico. Lo único que lo hacía temible era su fabulosa puntería y su increíble rapidez en el tiro, de lo cual era buena prueba aquella diana que había tenido el honor de figurar en su tumba.

De aquello hacía ya doce años largos. «Luzbel» hizo aquella diana al primer disparo, «sacando», es decir sin apuntar, y a quinientas yardas. Nadie había podido imitar su gesta.

Por eso la diana estaba allí. Como homenaje y como recuerdo.

Sullivan se detuvo ante la sepultura y contempló el paraje desierto, sobre el que pesaban espesos nubarrones. Doce años antes aquello había estado lleno de animación, de vida. Por allí iba a

trazarse un ferrocarril, los pueblos crecían como hongos y los negocios prosperaban. De repente la compañía ferroviaria quebró, como tantas otras, no pudiendo soportar los terribles gastos y la feroz competencia, y los raíles habían quedado abandonados allí, como una cosa inservible y muerta. Los negocios bajaron, los pueblos empezaron a desaparecer. Ahora, después de doce años, no quedaba de todo aquello más que los esqueletos de unas cuantas casas.

Sullivan lo miró todo tristemente, como recordando el tiempo que se había ido para siempre.

A veces, a pesar de sus veinticuatro años, se sentía terriblemente viejo.

Estuvo unos minutos detenido ante la tumba, y al fin, se volvió a poner el sombrero.

—Adiós, viejo —susurró—. No sé si podré venir por aquí en unos cuantos años...

Se retiró, montó en su caballo y salió de aquella zona de matojos. Cerca de allí pasaba un camino por el que nunca transitaba nadie. Tal fue la razón de que Sullivan, que evitaba cuidadosamente todos los caminos y atajos, y siempre avanzaba a campo través, se acercara allí sin tomar ninguna clase de precauciones.

Encendió el cigarrillo que tenía entre los labios, acordándose al fin, y de repente quedó como petrificado.

Un carruaje acababa de emerger en el camino, como si surgiera de la propia tierra. Era un cacharro muy sencillo, cuyas ballestas crujían por todas partes, y lo conducía un solo hombre.

Sullivan rechinó los dientes. Aquello era lo peor que podía ocurrirle, infiernos. El que alguien lo reconociese.

¡Si se sabía que aún continuaba por aquella zona, se organizarían patrullas en todas partes y ya no podría escapar!

Durante unos dramáticos segundos, mientras el carruaje se acercaba, dudó qué hacer. Por unos instantes, incluso sintió la tentación de asesinar al que se acercaba, Pero al tenerlo más próximo, sufrió una violenta sorpresa.

El tipo que empuñaba las riendas de aquel carruaje era un ciego.

Tenía unas profundas cicatrices en los ojos, y éstos, blancos y muertos, no miraban a ninguna parte.

Sullivan parpadeó. El otro se había detenido.

—¿Quién está ahí? —farfulló.

Sullivan intentó improvisar una voz amable.

—Soy un viajero.

—Ah... Me había asustado, amigo. He oído el rumor de un caballo, y lo he olido también.

—¿No ve nada?

—Absolutamente nada, amigo, pero en cambio tengo los otros sentidos muy aguzados. Soy capaz de percibir el olor a caballo a media milla de distancia.

—¿Adónde va?

—A casa.

—¿Y no se pierde?

—¡Quiá!... Siempre hago el mismo camino, y mi caballo lo conoce de sobra. Es él quien guía, no yo.

—Entonces, buen viaje, amigo. ¿Necesita algo?

E! otro sonrió tristemente.

—Verá... Cuando las cosas no marchan bien del todo, pido limosna.

Sullivan extrajo una moneda de a medio dólar.

—Tome, amigo. ¡Y procure que no se le muera ese penco, porque de lo contrario no sé qué va a hacer!

—Gracias.., Ya cuido mi caballo, no crea. ¿Cómo se llama usted, compañero?

Sullivan dijo el primer nombre que se le ocurrió:

—Tucker...

—Bueno, pues adiós, amigo Tucker.

El carromato se alejó, Sullivan se echó el sombrero para atrás, respirando con alivio.

—Vaya, he tenido suerte... —susurró.

Si alguien llega a verle, su problema habría sido peliagudo. Pero seguía todo igual; nadie sabía que estaba allí.

De todos modos se apresuró a salir del camino. ¡Diablos, alguien más podía pasar!

No quería ni pensarlo.

* * *

Hudson estaba sentado en su oficina, con los pies sobre la mesa. Todo estaba tranquilo, demasiado tranquilo. No había nadie en la

cárcel. Y ni rastro del fugitivo Sullivan.

Había enviado telegramas a todos los condados vecinos. Tenía ya las respuestas.

Nada, ni rastro.

Parecía como si a Sullivan se lo hubiera tragado la tierra.

Pero Hudson sabía que no era así, y por eso continuaba buscando pistas. Sullivan era un hombre acostumbrado a vivir sin recursos, y lo único que necesitaba era un revólver y un caballo. Por lo demás, teniendo agua en los arroyos y caza en los aires, ¿qué más podía pedir?

En aquel momento alguien entró en su habitación.

Era un hombre muy bien vestido, incluso con excesiva elegancia. Tenía maneras y detalles de auténtico caballero. Se quitó el sombrero de copa al entrar, mientras que Hudson, por educación, retiraba los pies de la mesa.

—Hola, señor Sanders —saludó.

—Hola, Hudson.

Sanders se sentó ante la mesa del *sheriff* y contempló la modesta oficina con visible gesto de aburrimiento.

—Veo que ha mejorado de la cicatriz —dijo.

—Sí, ya voy mejor. ¿*Y* qué tal su campaña política?

Sanders meneó la cabeza.

—Mí candidatura a gobernador del Estado no parece tan segura como yo creía. Necesitaría algún éxito espectacular, algo que me hiciera más conocido en todo Texas .. He hecho un viaje electoral últimamente, y me he dado cuenta de que en muchas ciudades se ignora mi nombre.

—Pues se ha gastado usted mucho dinero en la campaña, señor Sanders…

—Sí, eso es cierto. Me he gastado mucho dinero… y la campaña no da resultado.

—Quizá no ha estado bien dirigida.

—De eso me quejo… Empiezo a sentirme rabioso, Hudson. Esto no es lo que yo esperaba.

El *sheriff* se acarició el labio inferior, mirándole pensativamente.

—¿Por qué es tan ambicioso, Sanders? —preguntó de pronto.

—¿Eh? ¿Qué quiere decir?

—Usted tiene mucho dinero. Más dinero del que puede gastar en

toda su vida. Las mujeres le adulan y le conceden lo que les pide a cambio de una vaga esperanza de que algún día les prometa casarse con ellas. Es el amo de la capital, y yo mismo le debo el casi total importe de lo que ahora es mi casa. ¿Qué más quiere?

—Quiero poder —dijo abruptamente Sanders.

—Ser un mandamás, ¿eh?

—Lo único que me falta para redondear mi vida es alcanzar el puesto de gobernador, Y quién sabe si un día podré aspirar a la presidencia de los Estados Unidos. El dinero, en sí, ya no me importa nada.

—Porque tiene mucho.

—No es sólo eso. El que no ha sentido esa ambición, no sabe lo que significa.

Hudson volvió a pellizcarse el labio inferior.

—Pues ya ve, yo soy mucho más modesto. Sólo aspiro a pagarle lo que debo por la casa.

—Y es bastante dinero… —gruñó Sanders—. ¿A santo de qué se metió en ese lío? ¿Por qué necesita una casa tan grande?

—Quería que mi hermana Ellen y mi sobrino Tim tuvieran un hogar decente.

—Pero Ellen es joven y bonita… Se volverá a casar, y entonces, ¿qué?

—No —dijo Hudson moviendo lentamente la cabeza—. Ella no se casará ya nunca.

En aquel momento se detuvo un carruaje ante la oficina. Era un cachivache destartalado y medio hecho cisco, el cual iba conducido por un hombre vestido de negro.

Aquel tipo se apeó y entró en la oficina con pasos inseguros. Sus ojos estaban en blanco y tenía unas profundas cicatrices junto a los ojos.

Hudson susurró:

—Hola, Nichols, ¿Otra vez tú por aquí?

—¿Le molesto, *sheriff?*

—No, hombre, no… ¿Qué cuento se te ha ocurrido inventar ahora? Te advierto que de aquí poco vas a sacar.

Sanders parpadeó.

—¿Por qué habla a un ciego de ese modo? ¿No tiene compasión de él?

—¿Ciego ése? —musitó Hudson, conteniendo una sonrisa—. El muy granuja de Nichols sufrió un accidente y por poco pierde los ojos hace tiempo, pero desde entonces está empleando el mismo cuento. Pide limosna, fingiendo que no ve, y el tipo es capaz de ver a una milla si se le mueven los bigotes a una liebre. Otras veces finge que además es cojo, para despertar más compasión. Hala, Nichols, basta de comedia. Ya puedes mirarnos sin disimulo. Estamos en familia…

La expresión de Nichols cambió de repente. Pareció girar los párpados, y de pronto aparecieron bajo éstos unos ojos de halcón.

—He visto a Sullivan —murmuró.

Hudson por poco salta sobre la mesa.

—¿Cómo?… ¿Es eso cierto? ¿Dónde lo has visto, Nichols? ¡Habla de una vez, maldita sea!

El falso ciego le dirigió una mirada astuta y cargada de recelo. Extrajo de uno de sus bolsillos una moneda de a medio dólar y la depositó sobre la mesa.

—Esto me lo ha dado Sullivan. Una limosna. Y, naturalmente, como ha sido bueno conmigo, no puedo traicionarle.

—¿Qué pretendes, sucia lagartija? —susurró Hudson, arqueando una ceja con gesto de inquietud.

—No puedo traicionarle… Es una cuestión de conciencia. Yo me tendría en muy bajo concepto si lo hiciera… Para traicionar a un hombre así yo necesitaría un estímulo muy poderoso… Pongamos un estímulo de quinientos dólares.

Hudson tragó saliva penosamente. Le daba asco aquella especie de sabandija, y con gusto lo hubiera echado a puntapiés de allí. Pero estaba, en cierto modo, en sus manos. Necesitaba que Nichols hablase antes de que Sullivan tuviera tiempo para huir.

—No tengo quinientos dólares —dijo Hudson.

—Sí que los tiene. O pídaselos a su hermana, que algo habrá ahorrado. Las mujeres siempre guardan.

—¿Sabes que puedo meterte en la cárcel por no colaborar con la autoridad, Nichols?

—Muy bien, *sheriff,* hágalo… ¡Je, je! Me podrá tener quince días encerrado, pero usted no sabrá de dónde ha salido Sullivan… ¿Qué prefiere? ¿Tener en la cárcel a él o a mí?

Hudson sintió que le temblaban las manos.

—No tengo esos quinientos machacantes, Nichols. Y te juro que digo la verdad. El señor Sanders sabe que no he podido pagarle ni los intereses de lo que le debo.

Sanders extrajo su cartera, y de ella cinco billetes de a cien.

—Yo pagaré ese dinero, Hudson..., con una condición.

—¿Qué condición?

—Se la diré luego. Sin testigos.

—No puedo aceptar si no la conozco antes.

—Es algo que no afectará a su honor, y que igualmente le permitirá capturar a Sullivan.

—Siendo así, acepto.

Hudson tomó los quinientos dólares y los pasó por delante de las narices de Nichols, que pareció olerlos con deleite.

—Dime dónde está Sullivan —exigió.

El falso ciego se puso en pie y se dirigió a un gran mapa del condado que colgaba de la pared. Señaló un punto del mismo.

—Aquí —dijo—. Estaba aquí no hace ni una hora. Y escupa ya esos quinientos pavos, *sheriff*.

—Sabes que si tu información resulta falsa te haré encerrar por ocho años, Nichols. La estafa es un delito muy grave.

Nichols tomó los cinco billetes y los acarició con veneración.

—No me expondría a eso... ¡Claro que no! ¡Y menos después de saber la cara que tienen quinientos dólares juntos! ¡Qué aterciopelados son! ¡Qué suaves!

Hudson y Sanders dejaron al tipejo con su éxtasis ante los quinientos pavos y salieron al porche que había delante de la oficina.

—Y ahora dígame su condición —murmuró Hudson.

—Quiero que usted vaya solo a buscar a Sullivan. Que lo capture sin testigos. Y que luego me lo entregue y diga a todo el mundo que lo he capturado yo.

—¿Con qué .objeto?

—¿Es que no lo comprende? ¡Seré el hombre más admirado de Texas! ¡De repente mi nombre se hará famoso en todo el Estado! ¡Mi elección como gobernador depende de una cosa así! ¡Es la ocasión que necesitaba! Hudson se encogió de hombros.

—Si sólo desea eso, por mí no hay inconveniente. Yo me conformo con seguir siendo un modesto *sheriff*.

—En ese caso salga en seguida. Yo le esperaré a la entrada de la población. ¿Necesita algo más?

Hudson sonrió.

—Lo único que de verdad necesito ya lo tengo...

Y señaló su revólver.

CAPITULO III

Sullivan había aprendido una vieja máxima cuando era muy niño: «Aprovecha la noche, y así aprovecharás el día». Quería eso decir que uno necesitaba descansar de verdad y no perder el tiempo con insomnios si quería batir de verdad el cobre a la mañana siguiente.

Por eso retiró la silla de lomos de su caballo, desplegó la manta que había bajo ésta, la tendió en el suelo y se dispuso a dormir hasta que se iniciasen las primeras luces de la aurora.

Aún había bastante claridad en torno suyo, pero pronto el sol se pondría del todo. Y prefería escoger un buen sitio para descansar mientras hubiese luz.

Cerró los ojos y al cabo de unos instantes roncaba como un bendito. Sabía que nadie iba a pasar por allí. Estaba en un lugar completamente apartado de todos los caminos, muy solitario y muy oculto.

Por eso estuvo a punto de parársele el corazón cuando oyó aquella voz metálica.

—La juerga ha terminado, Sullivan. Ponte en pie.

Sullivan, dormido y todo como estaba, guiándose sólo por el instinto, llevó la mano hacia el sitio donde había dejado su revólver, pero notó que éste ya no estaba. Fue entonces cuando despertó del todo.

Sentado sobre la manta, miró ante sí con los ojos muy abiertos. La sorpresa le tenía materialmente paralizado. El ver a Hudson allí, apuntándole con dos revólveres —uno de los cuales era el que le había arrebatado a él mismo..., le pareció en el primer instante algo así como una pesadilla.

Pero se trataba de algo espantosamente real. Tuvo que convencerse cuando el *sheriff* insistió:

—Vete poniendo en pie, pero siempre vuelto de espaldas a mi, Y si intentas la menor jugarreta te aso, Sullivan.

El pistolero obedeció, pero sólo parcialmente. Si bien se puso en pie, lo hizo dando la cara al *sheriff* y mirándole con una expresión que tenía mucho de divertida.

—Bonita cicatriz, ¿eh?

—Muy bonita.
—¿Te duele?
—Cuando pensaba en ti, sí. Pero de ahora en adelante no me va a doler nunca más.
—Tuve que haberte matado, Hudson.
—No fue por falta de ganas, ¿eh?
—Me faltó decisión. Cuando caíste, debí apretar el gatillo otra vez. Pero en el último segundo me detuvo el estúpido pensamiento de que no resulta saludable matar a un *sheriff*. Ojalá lo hubiera hecho.
—Ahora ya es tarde para arrepentirse. Ponte a otro lado.
—¿Cómo has sabido que estaba aquí?
—Eso no te importa.
—No he dejado huellas, estoy seguro…
—Pronto averiguarás más cosas de las que quisieras. Y ocuparás una magnífica celda en la cárcel del condado. Vamos, acercándote paso a paso…
Sullivan obedeció también, pero con una leve salvedad. Y fue que, al dar uno de los pasos, lo hizo con tanta gracia que se llevó la manta por delante. Y aquella manta fue a caer justamente encima de la cabeza del *sheriff*.
Hudson disparó rápidamente, pero ya sin ver a su enemigo. Este se había dejado caer al suelo con rapidez instantánea.
Las dos balas pasaron altas.
En el segundo siguiente, antes de que Hudson pudiera apretar los gatillos otra vez, ya su enemigo había saltado sobre él y le enlazaba por la cintura. Los dos rodaron por tierra, pero con la desventaja para Hudson de tener la cabeza cubierta por la manta.
Sullivan, que había caído encima, hizo un rápido movimiento. Tomó una piedra con la derecha y la estrelló contra el bulto que formaba la frente del *sheriff*.
Se oyó un seco chasquido y éste quedó inmóvil. Sullivan dedujo que le había aplastado la cabeza.
Pero aún se quiso asegurar más, y tomó una piedra mucho mayor, tan pesada que necesitó ambas manos para levantarla. Se dispuso a dejarla caer sobre Hudson, que a consecuencia del impacto había soltado los revólveres.
Se oyó un aullido de repente. Y el aullido no fue de Hudson, sino

del propio Sullivan.

Acababa de recibir un terrible puntapié en el bajo vientre.

Cayó hacia atrás, retorciéndose de dolor, y vio que su enemigo saltaba hacia los revólveres. El impacto de la primera piedra le había dejado un espeso surco de sangre en la frente, pero no por eso Hudson estaba vencido, ni mucho menos. Ahora era Sullivan el que iba a pasar por la cuerda floja.

Pero Sullivan tampoco estaba vencido.

Dominando su dolor, arrojó un puñado de tierra a los ojos de su enemigo, consiguiendo que éste gruñera y no pudiese alcanzar los revólveres.

Ahora Sullivan pasó al contraataque. Sus dos puños volaron al encuentro de la mandíbula del *sheriff*. Este los recibió de lleno, mientras abría los brazos en cruz, dominado por la sorpresa. Cayó hacia atrás sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo.

Sullivan fue a recoger uno de los revólveres, pero al inclinarse le pareció como si una carga de nitroglicerina estallara dentro de su cráneo. Casi voló por los aires cuando la bota del *sheriff* se clavó en su mandíbula. Cayó de espaldas, dio una vuelta completa de campana y quedó sentado, no sabiendo si estaba en el suelo o continuaba volando aún.

Con una rapidez increíble, Hudson se había levantado, Ahora fue él quien contraatacó. Era una lástima que la pelea no tuviese espectadores, porque éstos hubieran rugido de entusiasmo.

Los dos hombres estaban ahora en pie, pero Hudson tenía la ventaja de sus dos pies bien asentados en el suelo, mientras que Sullivan acababa de levantarse.

Un terrible *upper-cut* alcanzó al perseguido en plena mandíbula, Sullivan, que ya la tenía muy castigada por el impacto anterior, dio una vuelta completa sobre sí mismo y cayó a tierra. Durante algunos segundos le pareció que aquello era el fin.

Pero reaccionó. Ahora era Hudson quien se inclinaba para golpearle de nuevo. Y fue Sullivan quien, en ágil pirueta, levantó la pierna y asestó un terrible punterazo en el mentón de su enemigo.

Hudson cayó al suelo.

Los dos estaban ahora al borde del K. O., ensangrentados y con los huesos medio rotos, pero sus ojos brillaban satánicamente. La salvaje pelea no podía acabar más que con un vencedor. Los dos lo

sabían cuando se pusieron en pie y avanzaron uno contra el otro para demostrar quién era el más fuerte.

Ahora ya ni siquiera se cubrieron. Lo fiaron todo a la potencia de sus golpes, a la resistencia, al odio. Sus puños volaron al encuentro del contrario con una especie de frenesí, como si bailaran una danza mortal y al propio tiempo, casi artística. Un entendido en boxeo haría quedado con la boca abierta al ver aquello. Ganchos, *jabs,* cruzados, directos, *upper-cuts,* golpes en corto combinados con el *punch,* cabezazos a las cejas para aturdir antes al contrario…

Era para quedar con la boca abierta… ¡O quizá para ponerse a lanzar gritos!

La sangre resbalaba por los rostros de los dos hombres, que estaban ya irreconocibles. La cicatriz de Hudson se había vuelto a abrir y era una espantosa mancha roja. Ninguno de los dos contendientes parecía tener cejas. Sus tabiques nasales estaban destrozados…

Y sin embargo, seguían. Ni uno de ellos movía un pie. ¡Ninguno retrocedía!

Era un auténtico duelo de colosos, un duelo a muerte del que sólo un titán hubiera podido salir vencedor.

Y ese titán fue el *sheriff* Hudson. Pronto se vio que Sullivan estaba al borde del agotamiento, que no podía más. En aquel salvaje cambio de golpes, el que antes perdiera el ritmo perdería la pelea. Y los impactos de Sullivan fueron espaciándose, mientras que los de Hudson se doblaban. Pronto los golpes del perseguido no fueron más que caricias en la cara del *sheriff,* carentes ya de fuerza y de colocación, mientras que los de Hudson se llevaban por delante, cada vez, extensas zonas de la piel de su enemigo. Podía decirse que éste ya no tenía cara, porque sobre sus hombros ya no había más que una máscara de sangre. De repente abrió mucho la boca, y un terrible *bolo-punch* se la cerró del todo. Se oyó el crujido siniestro de los dientes. Sullivan vaciló y dos cruzados a los pómulos le hicieron tener la vertiginosa sensación de que todo rodaba en torno suyo.

No se dio cuenta de que sus rodillas se doblaban. El nuevo golpe vino ahora de arriba abajo. Sullivan lo recibió entre los ojos y tuvo la sensación de que su cerebro estallaba.

Quedó quieto, respirando fatigosamente, desmadejado como un muñeco roto, a los pies de su enemigo.

Este también vaciló. Por unos momentos sintió vértigo y estuvo a punto de desplomarse igualmente.

Pero se fue rehaciendo poco a poco, mientras que Sullivan no podría levantarse al menos en diez minutos.

Hudson retrocedió, empuñó los revólveres que estaban en tierra y aguardó pacientemente a que su enemigo se pusiera en pie, sin acordarse ni de restañar la sangre de su propio rostro.

CAPITULO IV

Sanders esperaba, como había prometido, a la entrada de la población. No iba ya vestido con levita y chistera, pero sus ropas eran de excelente calidad, y su revólver tenía adornos de oro.

Al ver acercarse a los dos hombres, sus labios dibujaron una sonrisa.

—Magnífico trabajo, Hudson.

—No crea que ha sido fácil.

—Ya veo que vienen destrozados los dos. ¿No ha podido sorprenderle?

—A Sullivan no hay quien le sorprenda ni encontrándole dormido.

—Pues le ha dejado bien marcado...

—Y él a mí. Bueno, se lo entrego.

Sullivan, que por fin había podido abrir los ojos, parpadeó sorprendido.

—¿Dices que me entregas? ¿Y quién es ése?

—Se llama Sanders.

—Pero él no es ninguna autoridad... ¡Sólo al juez puedes entregarme!

—El lo hará.

—¿Y por qué no tú?

—Porque hemos acordado con este caballero que, a los ojos de todos, será él quien te haya capturado.

Sullivan sonrió burlonamente, con sus labios destrozados.

—Ah, vaya... Haciendo méritos, ¿eh? ¿Y para qué los necesita este mequetrefe, si puede saberse?

—Quiere presentarse a las elecciones para gobernador del Estado, y tu captura le dará mucha fama. Es el «toque» que necesita para salir elegido.

—Yo no me presto a mejunjes ni combinaciones políticas —masculló Sullivan—. Diré la verdad a todo aquel que me la pregunte.

—Es que nadie te va a preguntar nada, muchacho... —murmuró Hudson mientras se encogía de hombros—. Además, ¿a ti qué te importa? ¿Qué más da el que te haya capturado uno u otro?

Sullivan se encogió de hombros también.

—Cierto..., ¿qué más da?

—Por supuesto, tendrás un juicio imparcial —dijo Hudson—. Eso te]o he prometido siempre. El hecho de que te entregue a Sanders no cambia para nada las cosas.

Sullivan se restañó un poco la sangre que aún manaba de las heridas de sus cejas.

—¿Asistirás tú a mi ejecución? —preguntó.

Hudson cerró un momento los ojos.

—Depende del humor que tenga, muchacho... Depende del humor que tenga.

* * *

Hudson se acercó en completa soledad a su oficina. Había dejado ya el caballo en la cuadra, y quería beber una copa de whisky en su despacho mientras meditaba sobre todo aquello. Tenía motivos para estar contento, y sin embargo, no lo estaba. Ahora se daba cuenta de que aquel triunfo que persiguió durante largo tiempo —la captura de Sullivan— no significaba nada para él.

Iba a entrar en la oficina cuando de pronto, de la oscuridad, surgió una sombra negra.

Hudson estuvo a punto de lanzar una maldición al reconocer al predicador Riley, pero se aguantó.

—Creo que ha capturado a Sullivan, Hudson —dijo el pastor de almas, con voz profunda.

—Ah, ¿ya lo sabe?

—Nadie habla de otra cosa en la ciudad. Lo está interrogando el juez, mientras el médico le cura sus heridas. Por lo visto, le dio usted una soberana paliza.

—También me la dio él a mí, ¿no cree?

El predicador le señaló con su dedo sarmentoso.

—Es usted un mal *sheriff,* Hudson,

—Ya sé que no soy bueno, pero hago lo que puedo. Y además, ¿a qué viene eso?

—Ha atrapado a Sullivan, pero en cambio, no hace nada contra otro pistolero, más temible aún que él, y que lleva ya un par de días en la capital.

—¿A quién se refiere?

—A Truman.

—Truman no está reclamado en el condado —dijo el *sheriff*—. No puedo hacer nada contra él.

—Pero reconocerá que es peligroso...

—Peligrosísimo. Estaré ojo avizor para que no se desmande, pero mientras guarde su actitud pacífica, como hasta ahora, no puedo detenerlo porque a mí me dé la gana.

El predicador entrecerró los ojos. Estos parecieron pronto corno dos rayas de lápiz en su rostro amarillento.

—De todos modos, usted no es un buen *sheriff,* Hudson —amenazó—. Debería arrestar a Truman, y al mismo tiempo hacer con Sullivan algo ejemplar. La furia de los justos tiene que abatirse sobre las cabezas de esos dos malvados.

Hudson puso sus dedos pulgares en el cinturón-canana y miró reflexivamente al predicador.

—¿Sabe lo que pienso, Riley? Que hay demasiadas sectas religiosas en los Estados Unidos. Cada uno interpreta a Dios a su manera. Y no pierdo la esperanza de que algún día baje un angelito y le atice a usted un puntapié en las posaderas, Riley.

—¿Se atreve a insultarme?

—Sólo digo lo que pienso.

Riley volvió a amenazarle con su dedo sarmentoso.

—¿No conoce la historia de Luzbel? —preguntó.

—Sí... Claro que la conozco.

—Por si acaso se la repetiré. Luzbel era un campeón de tiro. Uno de ésos que hacen exhibiciones y que no fallan nunca. Mató a algunos hombres porque ya se sabe lo que ocurre por aquí. A uno lo desafían y no tiene más remedio... Pero era tan infalible que todo el mundo le temía. Empezaron a llamarle Luzbel, y él empezó a tomarle gusto de verdad al gatillo. En cada ciudad acabó por dejar dos o tres víctimas a sus espaldas. Se convirtió en un sucio y asqueroso asesino... hasta que también lo mataron a él. Lo mataron por la espalda.

Hudson había palidecido. El color de su piel aún parecía más amarillento junto al rojo intenso de la sangre

—¿Y qué? —farfulló—. ¿Por qué me cuenta eso?

—Porque Luzbel tenía un discípulo. Un muchachuelo que siempre le acompañaba a todas partes, y que luego le vengó

matando cara a cara al hombre que había liquidado a Luzbel por la espalda. El muchachuelo era un discípulo muy peligroso…

Hudson repitió:

—¿Y qué?

—¿No conoce a ese discípulo?

—No.

—¿Por qué miente, Hudson? Usted le conoce perfectamente.

El *sheriff* guardó silencio. Había palidecido aún más y tenía los labios muy prietos, formando una línea recta.

De pronto Riley aulló:

—¡Es Sullivan! ¡Ese condenado Sullivan es el discípulo de Luzbel! ¿Por qué no lo hace ahorcar de una vez? ¿Vamos a tener que soportar la comedia de un juicio?

Los labios de Hudson se distendieron ahora, formando una mueca de hastío.

—Lo que sea sucederá después de un juicio legal —dijo—. Lo he prometido.

—¡Pero tiene que dar un escarmiento!… ¡Tiene que impedir que hombres como Truman pierdan el miedo y se vayan estableciendo aquí!

Hudson» masculló:

—¡Váyase al infierno!

—¡El infierno es lo que le espera a usted, Hudson! ¡No lo dude!

El *sheriff* entró en su oficina y cerró de un portazo.

Con cansancio, se sentó en su sillón y puso ambos pies sobre la mesa… De uno de los cajones de ésta, extrajo una botella de whisky y bebió un largo trago. De pronto retiró el gollete de entre sus labios.

Le parecía como si en su pequeña oficina acabara de entrar una aparición.

Aquella muchacha vestida de negro, de curvas potentes que el tosco vestido no acertaba a disimular, de ojos quietos y dulces, era una de las más bonitas que recordaba haber visto en toda su perra vida.

Y estaba ante él, mirándole. Resultaba que no era una aparición.

—¿Es que no me reconoce, *sheriff?* —preguntó ella.

Hudson parpadeó. Y de pronto exclamó con sorpresa:

—¡Nora!

—Me ha mirado como si yo fuese una aparición.

—Bueno, pues… Te confieso que me ha ocurrido algo de eso. ¿No estabas fuera de la ciudad?

—Sí. He estado en una institución religiosa metodista durante dos años.

Hudson guardó disimuladamente la botella de whisky, porque sabía que todas aquellas damiselas del Ejército de Salvación y de las Ligas de la Moral odiaban el alcohol.

—No… no es necesario que lo esconda —musitó ella.

—Veo que tú eres más tolerante que tu padre.

—Ya he visto que hablaban hace un momento —balbució Nora —. Precisamente he entrado para rogarle que le disculpe. Papá no es malo. Solamente ha olvidado que existe una cosa llamada caridad.

Hudson la miró detenidamente, mientras ella se sonrojaba.

—La verdad: que me aspen si pareces la hija del predicador Riley.

—Pues mis vestidos son muy severos.

—Pero tu cuerpo no lo es.

Nora se sonrojó tan intensamente que Hudson se dio cuenta de que acababa de meter la pata hasta la ingle. No estaba habituado a tratar con chicas así, con hijas de predicadores que se educaban en colegios metodistas. De modo que se apresuró a disculparse, improvisando una forzada sonrisa.

—He querido decir que… has crecido mucho.

—También he venido por otra cosa, señor Hudson —dijo ella, ignorando la disculpa.

—¿Por qué?

—¿No se ha dado cuenta de que lleva el rostro cubierto de sangre?

—Pues… Bueno, sí… He tenido una discusión con un amigo.

Ella mostró una pequeña funda de cuero que llevaba en su mano derecha.

—Yo le curaré. Creo que es lo menos que puedo hacer por usted, después de lo incorrecto que ha estado mi padre.

—Ah, no… —Hudson por poco salta de la silla—. Olvida eso… Pronto vendrá el médico.

—Es sólo un momento, señor Hudson. No puede continuar así.

Del pequeño estuche extrajo algodón, vendas y líquidos

desinfectantes. Hudson se sintió acorralado, aunque maldita la gracia que le hacía el que le pusiese las manos encima una mujer.

Ella también parecía asustada. Evidentemente nunca había tenido a un hombre tan cerca como en aquel momento.

Sus manos temblaban al limpiar las heridas de la cara del *sheriff*. Este captó sin darse cuenta la maravilla de la piel de la muchacha, el perfume natural que se desprendía de ésta, el mar profundo y misterioso de sus ojos.

—¿Cuántos años tienes? —susurró.

—Diecinueve, señor Hudson.

—¿Y nunca..., en fin..., nunca tú...?

—¿Qué, señor Hudson?

El se mordió el labio inferior.

—No, nada.

—Quizá trataba de preguntarme si he tenido novio.

—Algo así.

—No, no he tenido novio. Y no pienso casarme.

—¿Por qué?

—Los hombres me dan miedo.

Hudson iba a exclamar: «¡No hay para tanto!», pero inmediatamente ella desvió la conversación.

—¿Cómo está su hermana? ¿Ella tampoco se ha casado?

—No. Parece que se siente muy a gusto con su viudez... De todos modos, yo creo que es mejor así. Quizá ningún hombre de los que hay en esta ciudad sabría comprenderla.

—¿Usted sí que la comprende, señor Hudson?

El *sheriff* se sobresaltó.

—Bueno..., trato de hacerlo.

—¿Qué le pasa?

—Nada...

—Si no se está quieto no podré acabar de curarle esta herida tan profunda que tiene en la ceja izquierda.

El *sheriff* se estuvo quieto. Captaba, sin quererlo, el perfume natural de la mujer. Se sentía hundir en el abismo profundo de sus ojos.

En aquel momento alguien más fue a entrar en la oficina, pero se detuvo al ver la escena. Hizo una mueca y cerró la puerta silenciosamente, saliendo de nuevo al exterior.

Era otra mujer.

Era Ellen.

Hudson estaba extrañado.

Sanders se había llevado al preso al despacho del juez para hacer la entrega oficial, someterlo al primer interrogatorio y curarle de sus innumerables contusiones. Luego Sullivan debía ingresar en uno de los calabozos de la oficina del *sheriff,* en espera de que se reuniera un jurado y comenzase el juicio.

Pero había transcurrido ya más de media hora, y Sullivan no regresaba con los que debían custodiarle.

Nora ya se había marchado, y él llevaba ya mucho rato solo en la oficina, paseando como un león enjaulado. Iba ya a salir, para ver qué ocurría, cuando en ese momento entró su ayudante.

Parecía muy agitado.

—*¡Sheriff! ¡Oiga, sheriff!*

—¿Qué ocurre, Slim?

—¡Van a ahorcar a Sullivan!

Hudson sintió que el aire faltaba repentinamente de sus pulmones.

—¿Qué infiernos dices?

—¡Lo que oye! ¡Piensan acabar con él! ¡Si no se da prisa lo encontrará ya colgado!

—Pero ¿por qué?

A Hudson no le entraba en la cabeza aquello,

—¡Sanders lo ha decidido! ¡Parece que así cree que se va a hacer más famoso!

—¿Y el juez? ¿Qué dice el juez?

—¡Ese no se da cuenta de nada! ¡Ha empezado a celebrar la detención de Sullivan y se ha emborrachado como una cuba! ¡La gente también ha bebido y está excitada! ¡Corra, *sheriff,* o cuando llegue ya habrá terminado la «fiesta del lazo»!

Hudson no lo pensó más.

Encajó bien el revólver en la funda y salió de su oficina, dirigiéndose al juzgado.

No era extraño que no hubiese oído rumores ni gritos.

Su oficina y la del juzgado estaban en lugares opuestos de la capital, que no era precisamente pequeña.

Conforme se acercaba, iba oyendo los gritos y las salvajes

imprecaciones. Un resplandor de antorchas se elevaba de la plaza centra!, en la cual había un gran árbol del que se colgaba a los que participaban, muy a pesar suyo, en aquellas «fiestas de lazo».

Nunca el resplandor de las antorchas le había parecido tan siniestro. Y nunca los gritos de la muchedumbre le habían parecido tan salvajes como aquella noche.

Al menos había cien personas congregadas en torno al árbol. Se hallaban distribuidas en círculo, dejando un estrecho pasillo por el que Sullivan era conducido en aquel momento,

Sanders y un par de sus agentes electorales le conducían.

El lazo ya colgaba de una rama y era estremecido por las suaves ráfagas de viento.

Los aullidos de la multitud eran ensordecedores.

—¡Colgadlo de una vez!

—¡Demostremos que aquí hay ley!

—¡Al infierno con Sullivan!

Hudson empujó a diestro y siniestro, dio un par de guantazos, derribó a un tipo por el suelo y se plantó de repente junto al lazo.

—¡Basta! —aulló— ¡Bastaaaa!...

El silencio se hizo casi instantáneamente. Todos los rostros —unos sudorosos, jadeantes los otros— se volvieron hacia el *sheriff,* cuyo cuerpo estaba tenso como el de una fiera a punto de saltar.

De pronto pareció como si aquello fuera una reunión de muertos. Todo el mundo había enmudecido.

En la gran plaza se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

Y aquel silencio expectante, tenso, casi angustioso, fue roto de repente por una carcajada.

¡Una carcajada del condenado a muerte! ¡Era Sullivan el que se reía!

Hudson le miró con estupor.

—De modo que un juicio legal, ¿eh? —farfulló el pistolero—. ¿Era esto lo que me habías prometido?

—Tendrás un juicio legal.

—¿Sí? ¿Qué significa entonces lo que está sucediendo?

—No sabía una palabra.

Sanders se adelantó entonces. Había vuelto a vestir levita y chistera, y su aspecto de hombre que llegará lejos resultaba impresionante.

—Oiga, Hudson —masculló—, éste no es asunto suyo.
—¿Por qué?
—El juez ya ha dicho su última palabra.
—¡El juez está borracho!
—De todos modos, éste no es asunto suyo, Hudson.
—¿Quiénes son los miembros del jurado? ¿Dónde se ha celebrado el juicio?
Sanders farfulló:
—¡Cállese! ¡Vamos a colgar a este hombre y nadie podrá impedirlo!
El griterío de la multitud arreció. El *sheriff* se dio cuenta de que era cierto lo que le había dicho su ayudante: mucha gente había bebido. Para ellos la ejecución era una fiesta, quizá la fiesta más divertida del año. En muchas miradas leyó la sed de sangre, mucho más peligrosa en las multitudes que en los individuos aislados.
Incluso podían atacarle a él.
De todos modos, Hudson no tembló. Su expresión era desafiante al gritar:
—¡Quietos! ¡Que nadie adelante un paso más!
La multitud, que iba haciendo el cerco más estrecho, retrocedió, pero alguien adelantó un paso. Alguien que miró con expresión de desafío al *sheriff*.
Era Rollen, uno de los «guapos» de la ciudad.
—¿Puede saberse qué es lo que piensa hacer, Hudson? —preguntó, mirándole fijamente.
—Claro que puede saberse. Primero encerraré a este hombre en la celda más segura que tenga.
—¿Y después?
—Será juzgado legalmente.
—¿Entre quién elegirá a los miembros del jurado?
—Pues… entre personas de esta ciudad, naturalmente.
Rollen lanzó una áspera carcajada.
—¿Lo habéis oído, muchachos? ¡Entre personas de esta ciudad! ¿Y habrá alguien que no esté conforme con una condena a muerte? ¡Ahorremos trámites de una vez, maldita sea! ¡Es como si el jurado se hubiese reunido ya! ¿Qué votáis?
Las voces arreciaron, hasta convertirse en un griterío salvaje.
—¡Muerte!

—¡Muerte!

—¡A la horca!

Hudson vio que Sullivan temblaba. Por primera vez en su vida, el pistolero tenía miedo a aquella multitud enardecida. Hudson comprendió que, si vacilaba, estaba todo perdido, y por eso se abalanzó sobre los que rodeaban a Sullivan.

De un puñetazo derribó a uno de ellos. Otro cayó aullando a causa de un rodillazo en el bajo vientre.

Pero si Hudson pensaba que con aquello iba a triunfar, estaba listo. De pronto Rollen saltó ante él. Se detuvo a unos cinco pasos, con los brazos arqueados.

Otra vez se produjo un repentino, un brutal silencio.

Los dos hombres se miraron a aquella distancia increíblemente corta, con las facciones .rígidas y brillando en sus ojos un frío deseo de matar.

Hudson masculló:

—Apártese, Rollen.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Yo represento aquí a 1a ley.

—Demuéstrelo.... *sheriff*.

En los labios de Hudson, sin que él se diese cuenta, se dibujó una sonrisa burlona.

—¿Me desafía?

—Supongamos que sí. Y de hombre a hombre...

—¿Sabe que a esta distancia ninguno de los dos puede fallar? ¿Ha pensado que la vida no será del que tenga más puntería, sino del más rápido?

—Claro que lo he pensado..,. Y me gustaría saber cuál de los dos va a ser. Me encantan las adivinanzas.

Hudson estaba ahora frío, insensible. Era como si una remota fuerza dirigiera sus actos. No sintió la menor emoción cuando susurró:

—Muy bien. ¡«Saque»!

La multitud se había dispersado rápidamente, dejando un pasillo entre los dos hombres.

Rollen se arqueó y tocó la culata de su revólver, pero no pudo hacer gran cosa más.

Una expresión de asombro, de pasmo infinito, saltó a sus ojos al

ver que el otro, mientras él solamente rozaba la culata, ya había logrado «sacar» y encañonarle.

—No… —gimió—. ¡Nooooo!

Hudson no se detuvo. En realidad tampoco hubiera podido detenerse.

Era como si otra vez aquella voz lejana dirigiera sus actos.

Disparó una sola vez, antes de que Rollen hubiera terminado de gritar, y le voló la cabeza.

Un seco chasquido se mezcló con el fragor de la detonación. Todos los testigos lanzaron un mismo grito al ver partirse en dos la cabeza de Rollen.

El silencio que se produjo a continuación fue siniestro; parecía estar cargado de presagios.

La voz de Hudson lo rompió para ordenar secamente:

—¡Apártense! ¡Atrás todos!

Ahora no hubo nadie que desobedeciera. El cadáver ensangrentado de Rollen era un aviso demasiado serio para que la gente lo olvidase. Hudson quedó solo junto a Sullivan.

Aún llevaba el revólver en la derecha. Sullivan, que había empezado a recuperar el color, echó a andar delante suyo.

Hudson caminaba casi de espaldas, vigilando alternativamente a su prisionero y a la multitud que iba dejando atrás. No se fiaba de nadie; en aquellas circunstancias, un balazo en la columna vertebral era lo más probable del mundo.

Pero nada sucedió.

Y así, envuelto en un silencio espantoso, pudo llegar hasta las celdas.

CAPITULO V

Ellen preparó la taza de café y la depositó en la mesa, junto a Hudson. Su mano temblaba.

—¿Qué te ocurre? —preguntó el *sheriff*.

—Nada...

—Quizá estás nerviosa por lo que ha sucedido hoy. Ya sabes que querían linchar a un hombre.

—Sí, eso he oído decir. ¿Quién era?

—Uno al que capturé después de perseguirlo mucho tiempo. Le condenarán a muerte igualmente, pero quiero que las cosas se hagan legalmente.

—Nunca me entero de tus cosas, Ted. No comentas conmigo las cuestiones de tu trabajo.

—¿Y para qué voy a comentarlas? ¿Hablarte de ladrones y asesinos es algo agradable?

—Es que todo lo tuyo me interesa, Ted.

Ted Hudson bebió un sorbo de café. Alzó los ojos para mirar a Ellen fijamente.

Las manos de ésta seguían temblando de un modo casi imperceptible. Dio media vuelta y entró en la habitación contigua.

Volvió a salir al cabo de unos instantes. Su cuerpo joven, magníficamente torneado, sus labios intensamente rojos, su busto mórbido se recortaron a la luz.

Estuvo así quieta unos instantes, mientras respiraba ansiosamente.

Hudson la miraba y sentía la presencia de la mujer muy dentro suyo, como un extraño calor que se hubiera disuelto en su sangre.

—El niño duerme —dijo ella con voz débil.

Hudson se puso en pie.

—Tú también deberías irte a descansar.

—Ted...

El la miró otra vez. Sus dos miradas chocaron, se entrecruzaron en la luz y en la distancia.

—Estamos solos —susurró ella—. Nadie va a importunarnos ahora, Ted.

—Quiero dar una vuelta por las celdas. Mi ayudante monta

guardia, pero podría dormirse.

—¿Vas allí… quizá para encontrarte otra vez con aquella mujer?

Hudson se volvió de pronto. Una de sus cejas, todavía muy castigadas por los golpes, se alzó.

—¿Qué mujer?

—Te he visto con Nora, la hija del predicador. ¿Es que te gusta?

—Ah, era eso… —Hudson exhaló un suspiro—. Ni siquiera la había reconocido cuando entró. Quería curarme las heridas para borrar el mal efecto de las palabras de su padre.

—Pero es bonita, ¿verdad?

—Lo es, pero ¿a qué viene todo esto?

Ellen adelantó unos pasos. De repente se situó junto a él. Sus labios, sus ojos, palpitaban a la luz.

—Ted, sabes que estoy enamorada de ti.

El volvió la cabeza.

—Prometimos no hablar de eso, Ellen.

—¿Y crees que no he luchado? ¿Crees que no me he desesperado mil veces, llamándome miserable? Pero ¿qué otro remedio me queda? ¿Qué puedo hacer, si te quiero con toda mi alma?

Su voz temblaba de pasión, sus labios eran como una llama.

Sus manos se habían posado sobre la cintura de Hudson y la acariciaban suavemente.

—Nunca debimos inventar esta mentira —dijo sordamente él—. Nunca…

La mujer hundió la cabeza.

—Hubiera sido perfecta de no haberme ocurrido a mí esto —dijo Ellen sordamente—. Todo estaba muy bien pensado…, menos el hecho de que yo pudiera enamorarme de ti.

—Lo que yo quería lograr era que aparecieses como una mujer respetable —murmuró él—. Bueno, y en realidad lo eres. No siempre se tiene la culpa cuando una es madre sin llegar a casarse.

Ellen tembló.

—Estaba enamorada como una loca y no me daba cuenta de nada. ¡Además, era tan chiquilla! Pero él…, él resultó un canalla.

—Nunca me has hablado de quién era. Nunca me has confesado quién es en realidad el padre de Tim.

—¿Para qué, si no vas a encontrarlo nunca? Debió emigrar a México. O tal vez al Canadá. ¿Quién sabe? Nunca volverá a

aparecer.

Hudson lió un cigarrillo y lo puso entre sus labios con gestos poco seguros.

—Yo no quería que una mujer como tú fuese de tumbo en tumbo. Te conocí con el niño entre los brazos en aquella calle de Abilene, ¿recuerdas? ¡Menuda ciudad! Docenas y docenas de pistoleros buscando carne blanca. Un paso más, un momento de indiferencia, y hubieras acabado en uno de los reservados que siempre hay en la parte trasera de los *saloons.* Recuerdo que tu figura acobardada, y la imagen del niño que tenía los ojos muy abiertos, se me quedaron grabadas en el alma. Fue entonces cuando inventamos lo que nunca debimos inventar.

—Que yo era viuda —dijo lentamente ella—; y en

la capital me presentaste a todos como tu hermana, para que a nadie extrañase el que viviéramos juntos.

Hudson exhaló una lenta columna de humo.

—Lo que yo quería ante todo era que Tim creciese como un muchacho normal —susurró—, Que no echara en falta a un padre, y que viera a su madre como a una mujer igual que las otras. Juramos respetarnos y no pensar jamás el uno con el otro como un hombre y una mujer. ¿Recuerdas lo que me dijiste? Aceptabas como cosa lógica el que un día una chica me gustara y me casase con ella. Yo aceptaba también como cosa lógica el que algún día un hombre honrado te quisiera junto a él.

—Pensamos que, a fuerza de decirlo, nos acostumbraríamos a vivir como hermanos —murmuró Ellen—. En realidad, visto con las ideas de entonces... ¡Parecía tan fácil! Pero ¿cómo pude yo ni soñar siquiera que, viviendo junto a ti, siempre me mostraría indiferente? —De pronto se retorció las manos con desesperación—. ¡Sólo al pensar que puedes mirar a otra mujer te odio! ¡Creo que te mataría!

De pronto alzó su rostro hacia Hudson. Sus ojos se habían aclarado. Dijo con voz lenta algo que había pensado mil veces, un millón de veces quizá:

—¿Por qué no nos casamos, Ted?

—No puede ser, Ellen.

—Tienes miedo a lo que pudiera decir la gente? No necesitamos explicar a nadie lo que pensamos hacer. Nos bastará irnos a otra ciudad donde nadie nos conozca.

Hudson movió la cabeza pesarosamente. Dijo con voz lenta:

—¿Y Tim? ¿Tampoco nos conoce Tim?

Un sollozo patético brotó de la garganta de Ellen. Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para no gritar. Era curioso, pero no había pensado en aquello. Le daba miedo lo que pudiera decir todo el mundo menos la persona que tenía más cerca y que con más rigor podría juzgarla: el pequeño Tim…

—Es cierto —susurró—. Ahora ya se da cuenta de todo… A ti te llama «tío» y nunca meteremos en su cabeza la idea contraria. Esto no tiene remedio, Ted…

¡Nunca debimos haber ideado una combinación semejante!

—Entonces nos pareció buena —susurró Ted—. Yo sólo pensaba ayudarte, y tú estabas segura de que ya no volverías a amar. Si uno pudiera adivinar lo que sentirá dentro de dos años, a veces nuestros actos serían muy distintos.

Ella apretó los labios con fuerza, con un gesto de muda desesperación.

—Seguiremos así, Ted —susurró—, pero no mires a otra mujer. ¡No mires a Nora! ¡Te juro que no lo resistiría!

El le hizo una caricia en la mejilla, una caricia respetuosa y casi tímida.

—No había vuelto a pensar en Nora —susurró—. Te lo juro.

Y era verdad.

Mas le atormentaba aquella situación, el saber que ño tenía remedio. Claro que quedaba un camino fácil, demasiado fácil, y era dejarse llevar por las circunstancias y convertirse en amantes. Pero ¿y Tim? ¿No llegaría a descubrirlo nunca, conforme se fuese haciendo mayor? ¿No interpretaría aquello —con toda razón, según lo que él sabía— como algo monstruoso? ¿No se desesperaría entonces y cometería una locura?

Hudson nunca podría olvidar que los ojos de Tim eran inocentes, eran puros y eran limpios. No quería verlos turbados con el dolor; no quería tampoco que un día le miraran como los ojos de un juez y le acusaran implacablemente.

Por eso todo aquello —como ya había pensado antes— no tenía remedio.

Salió, cerró cuidadosamente la puerta y se dirigió a su oficina.

CAPITULO VI

El ayudante montaba guardia allí, sentado tras la mesa y con un rifle sobre las piernas, pero no estaba solo.

Alguien más paseaba de un lado a otro de la pequeña oficina. Hudson lo reconoció al instante por su levita y por su chistera charolada a lo gran ministro. Era Sanders.

El ayudante saludó con un gesto al ver entrar al *sheriff*.

—Hola, jefe. Ese hombre lleva ahí unos cinco minutos. Quiere hablar con usted.

Hudson no contestó. Como si no hubiera nadie más en el local, fue hasta la mesa, abrió el cajón y sacó la consabida botella de whisky, de la que bebió un largo trago. Luego se quedó mirando pensativamente, por la ventana, la calle silenciosa.

Sanders se puso nervioso. Apretó los puños y crujieron sus nudillos.

—¿Es que no me ha visto aún, *sheriff?*

—Ah, está usted ahí...

—No se haga el gracioso. Quiero hablar con usted. Y dé gracias a que he tenido la atención de venir a su asquerosa oficina, en lugar de citarle en mi casa.

—Puede citarme si quiere. No iré...

Sanders se plantó frente a él, con las manos a la espalda. Sus ojos brillaban y su actitud era la de un juez.

—*Sheriff*, ha cometido hoy un grave, un gravísimo error.

—¿Sí?

—Ha matado a un ciudadano públicamente.

—No tenía otro remedio. El me desafió cuando yo estaba cumpliendo con mi deber.

—¿Qué deber?

—Garantizaba la vida de un detenido.

—¡Eso son monsergas, Hudson! ¡Un tipo como Sullivan debe ser ahorcado sin más dilaciones! ¡Yo he defendido eso en mi campaña electoral! ¡La justicia rápida!

—¿Por eso quería lincharlo, Sanders? ¿Para que los electores creyeran más en usted y le diesen más votos?

—¡Cállese! ¿No cree usted en la justicia?

—Naturalmente que sí. Y por eso he perseguido a Sullivan como se persigue a un perro. Y por eso llevo la cara tan bonita que usted está viendo ahora. ¡Infiernos! ¡Yo soy partidario de colgar a un hombre, pero legalmente ¡No me pueden acusar de blando! ¡He ahorcado en el acto a individuos que habían sido sorprendidos con las manos en la masa, tras cometer un asesinato o una violación! Todos conocen mi gesto. Saco una cuerda.., ¡y arriba! Pero el caso de Sullivan es distinto. Ninguno de los que estamos en la ciudad le ha visto cometer sus delitos y por lo tanto hay que probarlos. ¡Hay que traer los testigos aquí! ¡Luego le ahorcaremos, con la conciencia tranquila!

Aquel breve discurso hubiera convencido a cualquiera que tuviese interés en ver respetada la ley, pero no convenció a Sanders. El político iba mucho más allá en sus pensamientos.

—Hay varias cosas más —dijo secamente—. Me ha puesto en ridículo. Ese maldito Sullivan podría hablar y decir que no lo he capturado yo, con lo cual mi prestigio se vería por los suelos, después de que he puesto telegramas a todos los periódicos del Estado dando cuenta de mi éxito.

—Por lo menos es usted sincero, Sanders. Sus cartas dan asco, pero las muestra.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Con usted no valen subterfugios, Hudson. Además, hay una última cosa: la ciudad está sedienta de sangre y exige una víctima para aplacarse.

—Lo comprendo… Usted les proporcionará esa víctima y tendrá sus simpatías y sus votos, ¿no? El candidato rival ya puede ir haciendo sus maletas porque va a perder.

—Me ha adivinado usted, Hudson —dijo el otro, altivamente—. Esos son mis propósitos y, como comprenderá, no voy a suspenderlos porque rio le gusten a un miserable *sheriff.*

—Sus cartas dan más asco cada vez, Sanders. Ya huelen a diez yardas.

—Y sus deudas también, Hudson.

Hudson apretó los labios. Aquél era su punto flaco, el único en el que no podía defenderse. Para dar a Ellen y a Tim un hogar digno, había hipotecado su paga de varios años. Y Sanders era precisamente el hombre a quien debía todo aquel dinero.

Pero no se arredró.

—Hemos terminado —dijo—. Ese hombre será juzgado legalmente. Y las deudas serán pagadas a su vencimiento, Sanders.

—Le presté quinientos dólares para que hablara aquel bicho, el falso ciego. Devuélvamelos ahora.

—No me los prestó, sino que los pagó con la condición de figurar usted como el vencedor de Sullivan. Pero es igual. Se los devolveré mañana.

—Procure no retrasarse, Hudson.

El político se dirigió hacia la puerta y una vez allí se detuvo, mirando burlonamente la pequeña oficina.

—Esto no tiene grandes posibilidades de defensa, ¿eh? —preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—Que puede haber un motín. La gente tiene derecho a enfadarse, ¿no? Y me parece que sus posibilidades de defender esta choza son mínimas. Sacaremos a Sullivan de todos modos.

Hudson se limitó a apretar los labios, mientras entrecerraba los ojos.

Su rostro parecía tallado en un bloque de granito.

—Pruébelo —dijo—, Hala, pruébelo, Sanders.

El otro le apuntó con el dedo.

—Lo probaré. Claro que lo probaré… ¡Se lo prometo!

Y salió, cerrando de un portazo.

* * *

El ayudante miró a Hudson con expresión dubitativa, cuando aún no se habían extinguido los ecos del portazo.

—¿Ha oído, jefe? ¿Qué va a hacer?

—No lo sé. La verdad es que no lo sé.

—No tiene los quinientos dólares, pero eso es lo de menos. Tampoco tiene la posibilidad de defender a Sullivan.

—Lo haré.

—Hay una solución tal vez —dijo el ayudante—. Comprenda que yo deseo conservar mi pellejo, jefe. Hagamos trabajar la cabeza.

—¿Una solución? ¿Cuál?

—Deje que el juicio se celebre en seguida. Dentro de unas horas.

—No puede hacerse. No hay testigos de la acusación ni de la defensa. Ha de pasar un tiempo.

—Pues entonces encójase de hombros y que celebren el juicio sin testigos. ¿Qué más da?

—Sería como entregar a Sullivan al verdugo. Y yo le prometí imparcialidad.

El ayudante se puso en pie.

—*Sheriff*…

Hudson le miró. Sus ojos entrecerrados recortaron aquella figura acobardada y casi indefensa. No hacían falta las palabras.

—Ya sé lo que vas a decirme —susurró—. Vas a soltar una retahíla que empezará así: «*Sheriff,* yo soy demasiado joven y no quiero morir tontamente. Yo le ruego que acepte la dimisión de mi cargo…» —Hizo un gesto, como el que espanta una mosca—. Está bien, muchacho, quedas libre. Lo único que debes hacer es dejar en el cajón el revólver y la estrella.

El ayudante vaciló.

—Jefe, yo…

—No pienses más en ello, muchacho. Tu sangre vale bastante más de lo que te pagan.

Se volvió de espaldas para que el otro no sintiera vergüenza al desprenderse de la estrella y el revólver. Oyó sus pasos quedamente, al acercarse a la puerta.

—Jefe, no me juzgue mal… Pero esto se va a poner negro.

—Te equivocas, muchacho. Esto se va a poner rojo. Y lo malo es que la pintura la pago yo…

Quedó solo. La puerta se cerró lentamente.

Los pasos del ayudante resonaron en las tablas del porche desierto, bajo la noche. Luego regresaron lentamente.

—Jefe…

—¿Qué hay, chico?

—¿Por qué defiende tanto a Sullivan? ¿Es sólo para que se le juzgue legalmente? ¿O quizá se conocieron antes?

Hudson lió un cigarrillo.

—La vida es un misterio —dijo sin mirarle—. A veces pienso que el único que la entiende bien es mi caballo. Toma.

Le tendió la bolsa de tabaco.

—¿Para qué me la da, jefe?

—No la voy a necesitar cuando me acorralen. Y así, cuando líes un cigarrillo, podrás acordarte de que cierta vez tuviste un jefe que

era un imbécil. Y el tabaco te sabrá mejor.

El ayudante aceptó la elegante bolsa de cuero. Su mano temblaba.

Le dejó solo, y sus pasos volvieron a oírse quedamente en el porche.

Pero esta vez no regresaron.

CAPITULO VII

Los primeros en llegar a la oficina, en contra de lo que esperaba Hudson, fueron unos cuantos tipos que habían estado bebiendo. Eran cinco jovenzuelos entre dieciocho y veinte años, fuertes como toros y con esa agresividad que da el whisky bebido a borbotones. Todos llevaban revólveres, pero Hudson tuvo en seguida la sensación de que no los usarían.

Se sentían muy seguros cuando avanzaron hasta el porche y se detuvieron en el primer peldaño.

Hudson les miró.

—Hala, largo.

Los cinco tenían la misma postura: los dedos pulgares remetidos en sus cintos canana.

—¿Qué dice, *sheriff*? —gruñó uno de ellos.

—He dicho que os larguéis.

—¿Por qué? ¿Acaso interrumpimos el tráfico?

—Hacéis algo peor. Me estáis tocando las narices.

Otro rió silenciosamente.

—¿Es que le molestamos, *sheriff*?

—Mira, Johnson, a ti te detuve un mes por escándalo, y te tuve encerrado cuatro días. Supongo que no te gustó, pero fue peor lo del que está a tu lado, lo de Kenton: ése se pasó encerrado seis meses por marcar la cara de una mujer. Y en cuanto a los otros tres, sois viejos conocidos de esta oficina. ¿No estáis ya bastante hartos de celdas?

—¡Qué va, *sheriff*\ Nos gustan mucho.

—Y por eso hemos decidido volver.

—Queremos saber de qué color es el pellejo de Sullivan... cuando se lo hayamos arrancado.

Hudson arqueó una de sus maltrechas cejas.

—No me tenéis mucha simpatía, ¿verdad?

—¡Qué va, *sheriff!* ¡Si le queremos con locura!

—¿Os envía Sanders?

—¡No nos envía nadie! Sanders solamente nos ha pagado unas cuantas rondas.

—Ha hecho bien. Gran muchacho ese Sanders... Pone en forma a

la gente que es un encanto. Y ahora, largo de aquí. No volveré a repetirlo.

Johnson subió al porche.

—Su autoridad ha quedado muy por los suelos, Hudson. No nos da ningún miedo.

—Tampoco lo pretendo.

—Deje paso.

Hudson extendió su mano.

—Ya lo tienes. Por ahí se vuelve a la calle.

—¿Sí, eh?

Johnson disparó su puño con rabia, pero si pensaba atrapar desprevenido al *sheriff* se llevó una buena sorpresa. Mejor dicho, dos sorpresas: la primera fue sentir aquella especie de maza de hierro en la mandíbula; la segunda, encontrarse sentado en el polvo de la calle, tras dar en el aire una vuelta de campana.

Kenton y otros de los recién llegados, llamado Jim, atacaron juntos. Vinieron uno por cada lado, lo cual indicaba que no habían bebido tanto como para haber olvidado la prudencia.

Pero Hudson también esperaba aquello. Recibió a uno con el pie y a otro con el puño.

Los dos impactos fueron fulminantes. Apenas un segundo después, dos nuevos cuerpos rodaban también hacia la calle.

Pero Hudson no pudo rechazar el tercer ataque, realizado también por dos enemigos juntos. Le arrollaron materialmente, embistiendo como todos. Hudson saltó al interior de la oficina y se encontró medio tumbado en la mesa antes de saber lo que sucedía.

Cuatro puños cayeron a la vez sobre su cara, ya muy castigada después del combate con Sullivan.

Gimió, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo. Pero tuvo la suficiente serenidad para hacer el único movimiento que en aquellas condiciones podía ser eficaz: dejarse arrollar del todo, dando una vuelta completa de campana sobre la mesa, derribando ésta y derribando también a sus dos atacantes.

Durante algunos momentos se produjo en la oficina una confusión indescriptible.

Los tres hombres que ahora se hallaban en el interior pugnaron por ponerse en pie. Hudson fue más rápido, quizá porque le alentaba una fría desesperación.

Cazó a uno de sus enemigos en la mandíbula, con un terrible gancho propinado por su puño disparado como una catapulta. Se oyó un «craac» de huesos, y el hombre que había sido alcanzado cayó para no levantarse en mucho tiempo. El otro intentó abrazarse a la cintura de Hudson, tratando de derribarle de nuevo.

El *sheriff* hizo dos cosas muy sencillas: la primera fue alzar la rodilla y convertir en una masa sangrante, al primer impacto, él rostro de su enemigo. La segunda fue descargar ambas manos sobre la nuca.

También aquel hombre cayó, completamente aniquilado. De su boca empezó a brotar un manantial de sangre, mientras su cuerpo era recorrido por espasmos que parecían agónicos.

Hudson respiró fatigosamente, sintiendo que sus rodillas vacilaban. Le dolía iodo el cuerpo, y cada vez se sentía con menos fuerzas para continuar la lucha.

¡Si al menos hubiera podido reponerse, descansar un par de minutos!...

Pero los tres enemigos que continuaban en pie no se lo permitieron. Se lanzaron al ataque de nuevo.

El *sheriff* no quiso emplear su revólver. Si lo usaba, tendría que matar a alguien, y las cosas ya estaban demasiado negras para que encima las complicara más.

Sintió un cabezazo en el estómago y vaciló, mientras en su boca se formaba algo así corno una bola de sangre.

Alguien le sujetó por las piernas, lo levantó hacia arriba y lo lanzó pesadamente contra el suelo. Hudson no se dio cuenta de lo que sucedía hasta que sintió el impacto de su cabeza contra la pared. Miró entonces y vio confusamente que uno de sus adversarios se lanzaba hacia él con las piernas por delante.

Se apartó a tiempo. El corpachón del otro por poco derriba la pared, al chocar bestialmente contra ésta.

Otro de sus adversarios llegaba ya a continuación. Hudson alzó una pierna, le recibió de un puntapié en el estómago y lo envió aullando al otro lado de la habitación.

El representante de la ley pudo entonces ponerse en pie, mientras escupía sangre.

Durante unos breves segundos creyó tener dominada la situación. Pensó fugazmente que la victoria iba a ser suya.

Una silla se estrelló de repente contra su cabeza.

El último enemigo se había acercado sigilosamente por detrás, atacando con odio, mientras sus dientes rechinaban. Hudson lanzó un grito y cayó a tierra hecho un ovillo. De su cabeza empezaron a brotar espesos hilos de sangre.

En el local se oyó una doble exclamación de triunfo. Dos de los adversarios se acercaban a la vez.

Uno sujetó a Hudson por la camisa, rompiéndola casi en dos pedazos. El otro pasó ágilmente a su espalda, inmovilizándole los brazos.

—¡Dale! ¡Reviéntale la cara!

Hudson recibió dos terribles trallazos en el rostro, y tuvo la sensación de que la cabeza se le desprendía de los hombros, tal fue la fuerza con que salió despedida. Las heridas de las cejas se le abrieron de nuevo, y a partir de ese momento un velo rojo cubrió sus pupilas. Ya no pudo ver nada.

Oía confusamente, lejanamente, una voz:

—¡Dale! ¡El gancho de izquierda! ¡El gancho de izquierda! ¡Dale de una maldita vez!

La mandíbula de Hudson pareció quedar destrozada. Ahora el «craac» pareció sentirlo dentro de sus propias entrañas.

Todo el cuerpo del *sheriff* cayó fláccidamente hacia delante. El que estaba golpeando rió.

—¡Ahora sabrás lo que es bueno, condenado perro!

Las orejas de Hudson parecieron quedar arrancadas a causa de los nuevos golpes. Una de ellas se desprendió incluso ligeramente. La sangre formaba ya como un torrente que empapaba sus ropas, que lo llenaba todo.

Oyó confusamente aquella voz:

—¿Vas a tardar mucho?

Y la respuesta:

—¡En seguida termino con él! ¡Lo estoy «marcando» a modo!

—¡Nosotros vamos a la celda! ¡Ahorcaremos a Sullivan allí mismo!

Hudson entrecerró los ojos. No veía nada, no sentía apenas nada... ¡excepto que necesitaba matar!

Apoyándose en el propio individuo que le sujetaba alzó ambas piernas y propinó un doble puntapié al tipo que tenía enfrente. Esta

vez le convirtió en astillas todos los dientes. Se oyó un terrible alarido, y el que estaba detrás le soltó unos breves instantes, dominado por la sorpresa.

Hudson giró sobre sí mismo. Movió los puños como dos martillos, pese a no ver más que sombras confusas ante él. Un doble alarido le indicó que había dado en el blanco, Golpeó otra vez, pero sus puños ya no encontraron más que aire. Su enemigo estaba ya en el suelo, con los ojos en blanco y la boca destrozada.

Alguien aulló:

—Pero, ¿qué pasa?

Lo supo en seguida. No ya una silla, sino la mesa completa del *sheriff* se aplastó sobre él. El intruso que se quedó debajo, pataleando, lanzaba sordos gruñidos. Los otros dos, que ya estaban muy «maduros», corrieron hacia el *sheriff,* tambaleándose y sujetándose a los muebles para no caer. A causa de los golpes recibidos antes, una letanía de campanas resonaba en sus cabezas.

Hudson les vio venir. Respiraba angustiosamente, en tanto hacía terribles esfuerzos para no caer. «Tengo que mantenerme ahora... No puedo fallar.., ¡No puedo fallar!»

La victoria sería de quien diera el primer golpe. Todos estaban ya semidestrozados por la pelea, y un nuevo impacto les haría caer. Los enemigos de Hudson sentían, además, ese especial sopor que da el alcohol cuando uno lo «ameniza», además, con unos cuantos tortazos.

A trompicones llegaron hasta Hudson, sin darse cuenta de que éste tenía la ventaja de apoyarse en la pared; de no ser por ello, quizá hubiese caído ya.

El que estaba más cerca recibió un fulminante *jab* de izquierda que se le llevó por delante medio tabique nasal. Cayó hacia atrás, con los brazos en cruz, mientras lanzaba un alarido que debió oírse en la habitación entera.

El otro alzó las manos, como rindiéndose.

—¡*Sheriff!* —barbotó.

Fue lo último que dijo. El puño pareció penetrar en su boca. Sintió que le ahogaba su propia sangre y cayó de bruces, tosiendo espasmódicamente, sin fuerzas ya ni para respirar.

Hudson vaciló apoyándose sobre uno de los muebles derribados. La cabeza le daba vueltas y no parecía pertenecer a su propio

cuerpo. Sus piernas, en cambio, de rodillas para abajo, eran como dos pedazos de plomo.

Se acercó a los caídos, tambaleándose, y empezó a arrastrarlos uno a uno. Resollaba como un animal herido a causa del esfuerzo, pero no cejó. Sólo cuando los tuvo a todos encerrados en una de las celdas, cayó de rodillas, apoyó una mano en el suelo y, con la cabeza hundida, respiró como un animal apaleado, hasta rehacerse poco a poco.

La celda en que había encerrado a los cinco hombres tenía puerta maciza, es decir, que sus ocupantes no podían ver nada de lo que ocurría en el exterior. En cambio, la que encerraba a Sullivan era de reja simple. Cuando Hudson pudo alzar la cabeza, se dio cuenta de que el pistolero le estaba mirando.

Había una expresión indefinible, impenetrable, en el rostro de Sullivan. Resultaba imposible saber lo que estaba pensando.

Hudson masculló:

—*¿Qué?* ¿Te ha divertido el espectáculo?

—¿Por qué has hecho eso, Hudson?

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé...

—Debiste haber dejado que me mataran.

Hudson logró ponerse en pie y se apoyó en una de las paredes, respirando todavía con angustia.

—Sí, quizá tengas razón.

—Me has salvado la vida ya dos veces, Hudson.

—No lo he hecho por gusto. Lo he hecho, simplemente, porque te prometí un juicio legal.

Sullivan se apoyó en las rejas.

—Pero eso continuará. Vendrán otros...

—Todos tendrán el mismo recibimiento. Todos, hasta que se convenzan de que aquí aún existe la ley.

—No has cambiado nada —murmuró Sullivan.

Hudson se pasó una mano por la cara y la retiró todavía empapada de sangre.

—Parece muy lejano todo aquello, ¿verdad?

—Sí... Parece que han transcurrido mil años desde que tú y yo galopábamos con Luzbel y le servíamos de ayudantes. Eramos todavía unos chiquillos, pero... ¡qué tiempos! Luego la vida ha cambiado mucho. Mira lo que somos tú y yo.

Sullivan rió tristemente.

—Dos pistoleros, sólo eso. Lo que ocurre es que tú llevas una estrella colgada del pecho, y yo llevo solamente un pasquín poniéndome precio. Bueno, ¿qué más da?

—¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos? —preguntó Hudson.

—Quizá seis años.

—¿Tiraste a matar cuando nos encontramos en el *saloon?*

—Sí; tiré a matar.

—Yo también —reconoció Sullivan.

Echó la cabeza para atrás e, inesperadamente, lanzó una carcajada.

—¿Sabes, muchacho? Creo que es mejor así. Yo voy a morir igualmente, pero lo haré recordándote con agrado. A veces he pensado que me equivoqué de medio a medio tomando este camino; debí hacer como tú, ¿imaginas, Hudson?

—Imaginar, ¿qué?

—Lo que hubiera sido una ciudad donde tú estuvieras de *sheriff* y yo de ayudante. ¡No chistaría una mosca!

Hudson rió, a pesar de que le dolía espantosamente la boca. Por unos momentos aceptó con complacencia la idea, a pesar de saber que era absurda. ¿Quién se atrevería a faltar a la ley en una ciudad donde Sullivan y él llevasen estrella? ¡Y hubiera sido, además, tan hermoso!

Cuando ambos eran dos chiquillos y cabalgaban junto a Luzbel, el fabuloso tirador que hacía exhibiciones, habían hablado muchas veces de eso: de que los dos impondrían la ley en una ciudad. De que nadie se atrevería a enfrentarse al equipo que formarían.

Pero eso ocurría cuando cerraba los ojos. Al abrirlos, veía que el panorama era muy distinto. Sullivan entre rejas; él, convertido en un muñeco sangrante que tendría que enfrentarse a una ciudad entera.

En aquel momento alguien entró. Lanzó un sordo gemido al verle en aquel estado.

Hudson dio media vuelta al darse cuenta de que aquel gemido era de mujer.

Ellen estaba allí. Le miraba con ojos desorbitados.

—Pero…, ¡pero, Ted!

Ted Hudson se pasó un pañuelo por la cara, como si quisiera

tener un aspecto más presentable.

—Hemos tenido una pequeña «discusión» —explicó—. Pero nada de importancia, ya que al final todos hemos quedado de acuerdo. Por cierto, te presento a un antiguo amigo.

Señaló a Sullivan, que seguía con la cara pegada a las rejas.

Ellen y él se miraron con expresión helada, lejana, como si cada uno de ellos viviera en un planeta distinto.

—¿Quién es esta mujer? —murmuró Sullivan.

Hudson volvió a reír y explicó bisbiseando, para que no le oyesen los de la otra celda:

—A todos les explico aquí que es mi hermana, pero tú sabes bien que no tengo ningún pariente.

—¿Y a qué viene ese cuento?

—Es largo de contar, pero al mismo tiempo muy sencillo. Ellen tuvo un tropiezo... con un canalla. Fue madre, y él la abandonó. La encontré en Abilene y decidí cuidar de ella y del niño. Pero para justificar nuestra vida en común, dije que era viuda y que se trataba de mi hermana.

—¿Así que vivís juntos?

—Claro que sí, en el buen sentido de la palabra.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unos cuatro años.

—Cuatro años... —musitó Sullivan.

Cerró un momento los ojos. Al abrirlos de nuevo, su expresión había cambiado.

—¿De modo que tiene un niño, señora? —preguntó, mirando a Ellen.

El gesto de la mujer fue áspero.

—¿Quién es? —preguntó mirando a Hudson.

—Se llama Sullivan. Le he perseguido durante mucho tiempo.

—¿Por qué?

—¡Uf! Por una montaña de cosas. El predicador diría que merece el fuego eterno. Le condenarán a muerte por asalto a mano armada, por asesinato y un montón de cosas más.

—Nunca me habías dicho nada.

—¿Para qué? Era mi trabajo.

La expresión de Ellen seguía siendo helada, ausente, como si no mirase a nadie.

—Debo decirte algo, Ted —susurró.

—¿Qué es?

—Ha venido a verme un tipo llamado Truman.

Sullivan casi saltó.

—¡Truman! Ese condenado bastardo...

—Está aquí —musitó Hudson.

—¿Por qué no lo has detenido?

—No está reclamado, y por ahora se ha portado decentemente. Nadie tiene la menor queja de él.

—¿Sabes que tiene fama de ser el hombre más rápido de Texas?

—Eso no es un delito. Ya te he dicho que hasta ahora se ha comportado muy bien.

—Lo cual ha terminado —susurró Ellen.

Hudson la miró con curiosidad.

—¿Qué dices?

—Truman me ha amenazado con matar al niño si sigues desobedeciendo a Sanders. Y, por supuesto, con matarte a ti también.

—¿Es que sabe lo que ha ocurrido aquí hace unos momentos? —preguntó el *sheriff* con asombro.

—Sí.

—¿Cómo es posible?

—Sanders estaba viéndolo todo desde una casa frontera. Al parecer, no ha intervenido en nada, pero estaba enterado de lo que iba a suceder.

Hudson se pasó otra vez la derecha por la cara ensangrentada. Podía hacer cualquier cosa menos tomar a broma las amenazas de Sanders y de Truman. El asesinato de un niño les importaría muy poco con tal de conseguir sus propósitos.

¡Y esos propósitos eran tan sencillos!

Simplemente, ejecutar a un hombre que, de todos modos, sería condenado a muerte. Dejar que Sanders se atribuyera un gran éxito popular, que podría influir de modo decisivo en las elecciones. La gente, en Texas, votaría con entusiasmo a un hombre que demostrara eficacia y justicia rápida e implacable. Sin saber, naturalmente, que luego Sanders se aliaría con cualquier canalla si eso le parecía necesario.

Hudson estuvo a punto de ceder. Al fin y al cabo, ¿por qué no

dejar que los acontecimientos siguieran su curso?

Sullivan parecía adivinar sus pensamientos. Murmuró:

—Hala, deja que me pasen el lazo por las narices y que me cuelguen de una vez. Será una gran fiesta.

—No haré eso. No consentiré un asesinato sólo para que un politicastro haga carrera.

Sullivan se encogió de hombros.

—Bueno, hermano, tú te lo pierdes. A lo mejor, con un poco de suerte, nos entierran juntos...

Hudson decidió no escucharle más.

Hizo una seña a Ellen, y los dos salieron del departamento de celdas. Una vez en su oficina, que parecía un campo de batalla, el *sheriff* tuvo una nueva sorpresa.

Un individuo alto, sinuoso, delgado, estaba allí.

Parecía esperarle. Un largo cigarro sin encender colgaba de sus labios.

Hudson le miró fijamente.

—¿Qué hace aquí, Truman?

—Veo que su hermanita ya le ha advertido.

—¿Qué quería? ¿Hacer lo mismo?

—Es un último aviso. No debería ser tan tozudo, *sheriff*. Tiene todas las cartas en su contra. No va a ganar nada si sigue jugando.

—¿Qué debo hacer? ¿Tirar la baraja?

—Ujú...

—No lo haré, Truman.

—¿Por qué no?

—Por la sencilla razón de que no tengo la seguridad de que Sullivan sea culpable de todo lo que la gente dice. Faltan los testigos de cargo, falta una acusación en regla, falta todo. Yo viví durante unos años con un pistolera al que llamaban Luzbel. Le convirtieron en un perro rabioso a base de acusarle de cosas que no había hecho, a base de acorralarle sólo porque tiraba bien. Con Sullivan puede haber ocurrido lo mismo.

—Le condenarán a muerte de todos modos.

—Muy bien, pero necesito saber por qué.

—Yo le daré otra razón por la cual le defiende, Hudson.

—¿Sí?

—Sullivan es amigo suyo. Los dos vivieron juntos cuando eran

unos muchachuelos.

—Eso no influye en nada.

—¿No, eh? ¿Sabe que Sullivan es el sucesor de Luzbel, el único discípulo de verdad que éste dejó? ¿El único que puede ser más rápido que yo en todo Texas?

—¿Y por qué quiere que le maten pronto? ¿Es que le tiene miedo?

Truman rió silenciosamente.

—Más miedo debería tener usted, Hudson. La gente rumorea que piensa dejarle escapar.

—Están locos...

—¡Ay de usted si eso sucede, Hudson!

Truman avanzó hacia la puerta. Una vez allí se detuvo y le miró de soslayo, levantando un hombro más que el otro, según una postura que en él parecía ser característica.

—No sea estúpido, *sheriff* —musitó—. Su hermana ya le ha explicado el peligro que corren todos.

—Y usted no sea loco, Traman, Hasta ahora se ha portado bien, y por ello no he tratado de detenerle. Pero en cuanto se desmande le mataré. Le mataré cara a cara.

—Usted no es más rápido que yo, Hudson.

—¿No?

—Sólo podría serlo Sullivan, es decir, el discípulo de Luzbel. Usted sólo sirve para llenar las cárceles, *sheriff*. Y para dar agua a los presos.

Abrió la puerta y salió, haciendo una mueca de hastío.

Durante unos momentos, Ellen y el *sheriff* quedaron en silencio. Sólo se oía el crujir de la madera castigada de los muebles. Fue Ellen, al fin, la que volvió la cabeza lentamente.

—Lo peor es que la gente le apoya —musitó—. Nadie lamentará nuestra muerte.

—Pero, ¿qué ocurre en esta ciudad? ¿Se han vuelto todos locos? ¿Por qué están tan sedientos de sangre?

—Hace mucho tiempo que no cuelgan a nadie —susurró Ellen—. Demasiado tiempo.

Se dispuso a salir. También, como había hecho Truman, se detuvo un instante en la puerta.

—¿Qué debo hacer con mi hijo? —musitó.

—Ocúltalo.

—Nadie querrá protegerlo. El que lo haga, también corre peligro de muerte.

Ellen dijo sombríamente:

—Lo sé.

Y salió de la oficina.

En aquel momento sonó un disparo.

CAPITULO VIII

Ellen quedó paralizada en el umbral, mientras la bala se estrellaba en la madera de la fachada, junto a su cabeza. Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Truman estaba allí, en el centro de la calle, con las piernas entreabiertas. Llevaba un revólver en la mano derecha.

Con la mano izquierda se quitó el sombrero respetuosamente.

—Lo siento, señora. No he querido matarla.

—¿Sólo ha querido asustarme? —farfulló Ellen con un soplo de voz.

Hudson había aparecido ya en el umbral. Tenía las manos quietas a la altura de las caderas.

—¿Qué pretende, Truman?

—Sólo demostrar que soy rápido. Y que su hermana corre mucho peligro, *sheriff.* Ni siquiera me ha visto disparar.

—Es cierto... —balbució la mujer.

Ni tan sólo había visto mover la mano a Truman cuando la bala se empotró junto a su cabeza.

—Vuelva, a apretar el gatillo y le detendré —susurró el *sheriff*—. Le detendré por intento de asesinato. Sabe lo que eso significa, ¿no? Hacer amistad con la cuerda.

Truman sonrió, mientras dejaba caer el «Colt» al fondo de la funda.

—No lo olvidaré, *sheriff.* Y ustedes no lo olviden tampoco.

Dio media vuelta y desapareció.

Ellen ya se había rehecho. Ya no sentía aquel frío espantoso en las venas.

—La amenaza de ese hombre ha sido bastante estúpida —dijo—. No tenía ninguna necesidad de disparar contra mí, sólo para demostrarme que es rápido.

—Sí —susurró Hudson—. No comprendo por qué lo ha hecho. ¡Bonita manera de perder el tiempo!

Pero el *sheriff* se equivocaba, porque Truman no quería perder el tiempo, ni mucho menos.

Todo aquello obedecía a un plan.

* * *

Apenas había doblado Truman la esquina cuando una figura vestida de negro emergió de entre las sombras.

No se distinguía aquella figura hasta que uno llegaba junto a ella. Su rostro, muy moreno, se confundía también con la oscuridad. Para ayudar a ello, el extraño individuo no sólo vestía enteramente de negro, sino que, además, un pañuelo del mismo color le cubría parte de la cara.

Truman susurró:

—Muy bien, Pink.

—He disparado justo cuando he visto que usted llevaba la mano a la funda.

—Ha resultado perfecto.

Pink se retiró el pañuelo, mostrando en una sonrisa sus mal ordenados dientes.

—Yo no puedo exponerme a matar a ese hombre de espaldas, sino que he de hacerlo cara a cara —explicó Truman—. Debo guardar una apariencia de legalidad. El desafío no está prohibido aquí, ni siquiera cuando uno se enfrenta a un *sheriff* que no está en acto de servicio.

—Pero usted es más rápido… ¿Por qué teme?

—No temo —corrigió Truman—. El discípulo de Luzbel, Sullivan, es más rápido que yo, pero en cambio Hudson no lo es. Unicamente tomo precauciones para tener todas las cartas en mi mano.

Añadió con voz susurrante:

—Le desafiaré de noche. Tú le estarás apuntando ya y apretarás el gatillo apenas yo haya sacado el revólver, sin esperar a que lo ponga en línea de tiro. Ganaré con ello unos segundos decisivos. Hudson estará muerto antes de saber lo que sucede.

—¿No se dará cuenta de que no ha disparado usted?

—Aunque así fuera, ¿qué importaría ya? Lo que opinen los muertos no tiene ninguna importancia. Pero ni él ni nadie notará de dónde ha brotado el disparo. Su hermana estaba de cara y no ha podido darse cuenta.

—Sí —murmuró Pink—, el ensayo ha sido un éxito… ¿Y qué ocurrirá con esa mujer y con su hijo?

—Acabaremos con ellos en el caso de que Hudson no se ponga a tiro. En el caso de que no me dé una oportunidad para desafiarle.

Pero no olvides, Pink, que nadie debe sospechar de ti.

Pink susurró:

—¿Quién podría hacerlo?

Se abrió ligeramente el negro chaquetón de piel que ocupaba su camisa, también negra, y en ella brilló una estrella de *sheriff*.

—No en vano soy el representante de la ley en el condado vecino —musitó—. Y no en vano Sanders me ha prometido nada menos que un puesto en el Senado, cuando él sea elegido. ¿No vale la pena, a cambio de una bala?

CAPITULO IX

Hudson no podía abandonar su oficina, sobre todo ahora que había seis hombres en las celdas. Pero tampoco podía permanecer allí como un prisionero más. Necesitaba que alguien le ayudase.

Todo era silencio en la calle, a las nueve de la mañana, cuando otros días, a aquella hora, la animación era general en todas partes. La gente presentía lo que iba a suceder, y nadie se acercaba por aquel lugar. Todo estaba silencioso como el paseo de un cementerio.

El *sheriff,* que ya se había lavado la cara, restañado la sangre y puesto en un relativo orden los destrozados muebles, se asomó a la puerta. Vio entonces, con sorpresa, que alguien se acercaba a la oficina.

Era una mujer. Una mujer que cruzaba la calle lentamente, sin dejar de mirarle.

Hudson musitó:

—¿Qué hace aquí, Nora?

—He pensado que me necesitaría.

—¿Está loca?

Ella no contestó. Simplemente se introdujo en la oficina, rozando con su vestido al atónito *sheriff.*

Una vez en el centro del despacho, se volvió y le miró directamente a la cara.

—Ha tenido una bonita pelea, por lo que veo —musitó.

—Sí... —dijo él, con un gesto ambiguo—. Una discusión sin importancia. Hablábamos de mujeres. Por cierto, ¿sabe su padre que está usted aquí?

—No, él no sabe nada.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Ya se lo he dicho: he pensado que podía necesitarme. Pero además, y aunque le parezca mentira, éste es el único lugar de toda la población donde me siento segura, donde encuentro un poco de sensatez. Los demás se han vuelto locos.

—¿Siguen sedientos de sangre?

—La gente bebe y habla... Sobre todo beben sin cesar. Están sedientos, pero no es solamente de licor. También de sangre... La vida les parece muy aburrida, después de llevar meses enteros sin

linchar a nadie.

—Estas poblaciones no cambiarán nunca... —susurró Hudson—. En fin, es mejor no pensar en ello...

Ella pareció confusa durante unos momentos. Luego reaccionó haciendo lo que muchas otras mujeres habrían hecho en su caso: ordenó un poco mejor, con espíritu de hogar, los semidestrozados muebles.

—Todo tiene el aspecto de un campo de batalla... —murmuró—. Ha debido ser una pelea de salvajes.

—Más o menos lo que somos —reaccionó Hudson.

Ella, al situar uno de los cajones, lo derribó sin querer, y su contenido fue por tierra. Había allí diversos documentos y una breve colección de postales. Aquello empezaba a hacer furor, gracias a los rápidos progresos del sistema de fotografía llamado daguerrotipo.

Y las postales que ahora estaban esparcidas por el suelo eran un «plato fuerte», al menos según las costumbres de la época.

Diversas señoritas en ropa interior. Una ropa interior algo pintoresca, poique tapaba muchas cosas, pero que en las últimas postales había ido desapareciendo casi por completo.

Nora se sonrojó intensamente.

—¿Qué es esto, *sheriff*? —balbució.

—Eran de mi antecesor. Las tenia ahí guardadas... Pertenecieron a un pistolero, y deberán ser mostradas cuando se celebre el juicio.

Tendió la mano para que se las devolviera.

—Esto debe molestarle, Nora. Démelas y las guardaré. No estoy autorizado a destruirlas.

—¿A usted... le gustan?

—Bueno... No he pensado en eso —mintió Hudson.

—¿Qué siente un hombre... ante una mujer así?

—Lo mismo que sentiría ante ti, Nora.

—A mí... me miran de otro modo, A veces pienso que soy una mujer distinta. Que nunca sabré lo que es el amor.

Los labios de Hudson temblaron. Por un momento sintió el irrefrenable, el casi salvaje deseo de besarla.

—Tú eres muy bonita, Nora.

—¿Con esta ropa?

—Bueno, la ropa... La ropa se pone y se quita.

Ella se apoyó en una de las paredes. Su pecho subía y bajaba

agitadamente. Era la muchacha más sincera, en cierto modo más incauta, que Hudson había conocido. Hablaba con el corazón en la mano porque no le habían enseñado a hacerlo de otro modo. Casi sintió vergüenza de sí mismo por haber tenido deseos de besarla.

Estaba seguro de que ella no se hubiera opuesto. Aquella explosiva mezcla de inocencia y de instinto resultaba demasiado turbadora para Hudson. Este volvió la cabeza.

—Nora —jadeó—, márchate de aquí.

—¿Por qué?

—Voy a decirte la verdad. Porque me gustas demasiado.

Los hombros de la muchacha temblaron. Bruscamente se desabrochó un poco el vestido.

Debajo había una ropa interior rosa, nueva, palpitante. Una ropa interior digna de una artista.

—¿Soy una mujer como las otras? —balbució ella.

—¿De dónde has sacado eso?

—Lo compré en un almacén. Me dijeron que era la última moda, lo que acababa de llegar de Nueva York. Según parece, esto solamente lo usan las artistas.

Ahora fueron los hombros de Hudson los que temblaron.

La tentación que sentía era casi irresistible. Y aumentaba por momentos porque Hudson sabía que aquella era la última tentación de su vida, porque sabía que iba a morir.

—Nora, vete —repitió.

—Nunca he hecho una cosa así con un hombre —confesó la muchacha.

—Lo supongo.

—Y nunca me han besado.

—Lo supongo también.

—Hudson —dijo ella, sordamente—, quiero que sepas una cosa.

—¿Qué?

—Eres el único hombre que me ha interesado. El único ante quien he sentido deseos... de que me besara.

El volvió bruscamente la cabeza.

No quería captar el perfume de Nora, no quería ver aquella línea obsesionante que insinuaba su vestido, en parte desabrochado.

—Sin embargo —dijo ella, inesperadamente—, te casarás con otra.

—¿Queeé?

—Es lógico y justo que sea así.

—¿Con quién crees que voy a casarme?

—Pues con Ellen, naturalmente.

Hudson se había quedado de una pieza.

—Pero si Ellen es... es...

—¿Tu hermana? ¡Qué tontería! ¿Crees que a mí me has engañado con eso? Mi padre y yo conocimos a Ellen hará unos cinco años, pero él ya no se acuerda. Y entonces no tenía ningún hermano... Solamente tenía un hijo por el que estaba dispuesta a morir. Creo que has hecho con ella una gran obra, Hudson, pero eso no te obliga a ser un santo.

El *sheriff* no contestó.

Toda su mente era un volcán de dudas, de sentimientos encontrados, de dolor.

En ese momento veía su propia vida con absoluta claridad, como si la estuviese leyendo en un libro. Si él había habitado bajo el mismo techo que Ellen sin decirle una palabra de amor, era porque ese amor no existía. Porque sólo le empujó hacia ella el deseo de hacer un bien.

En cambio, con Nora resultaba todo tan distinto...

¿Por qué había de perderla? ¿Por qué ella misma le recomendaba que se casase con Ellen?

Nora se abrochó el vestido lentamente. Resultaba turbador imaginarla bajo aquella tela. Resultaba un suplicio mantenerse a distancia, sabiendo que ella nunca había sido besada y que, en el fondo, lo estaba deseando.

Pero, de pronto, la muchacha cambió de conversación. Su voz se hizo más grave.

—Yo me entero de muchas cosas —murmuró—. Sé que ha llegado a la ciudad tu colega del condado vecino.

—¿Pink?

—Sí, ese mismo.

—¡Gracias a Dios! Es la única casualidad afortunada que se ha producido aquí desde que empezó este maldito asunto. Pink me ayudará a restablecer el orden y a demostrar a la gente que hay que tener sentido común.

—Me temo que no ha venido a ayudarte.

—¿Qué dices...?

—Le he visto hablar con Sanders.

—Quizá trataba de convencerle, simplemente.

—Es posible, pero no me fío. Ten cuidado, Hudson.

Se dirigió a la puerta. El *sheriff* todavía evitaba mirarla.

Pero sentía como si estuviera viendo alejarse un rayo de luz. La sensación de su propia soledad se hizo más agobiante que nunca.

Cuando volvió la cabeza, ella ya había desaparecido.

Hudson avanzó tristemente hacia el departamento de celdas. Al oír sus pasos, los cinco detenidos de una de ellas, se pusieron a chillar como condenados, increpándole con todos los epítetos imaginables En cambio, Sullivan estaba quieto, subido de pies en su camastro, mirando un pedazo de calle por el estrecho ventanuco de su celda.

—¿Qué haces, Sullivan?

—Ya lo ves, muchacho. Miro un pedazo de calle.

Y añadió, pensativamente:

—Pienso que sería un sitio estupendo para instalar ahí la horca...

CAPITULO X

El predicador Riley salió decidido a hacerlo. Había estado pensando en aquello durante toda la noche. Y no quería dejar pasar un minuto más sin realizar lo que él consideraba una de las misiones más importantes de su vida.

No tuvo que andar mucho para conseguirlo. En la parte posterior de la cárcel, encontró al tipo a quien buscaba.

Truman mordisqueaba calmosamente un cigarro que acababa de encender. Estaba apoyado en un porche y miraba a todo el mundo con indiferencia y un poco de hastío.

Cuando vio al predicador avanzar en línea recta hacia él, puso verdadera cara de asco.

Riley se detuvo a unos diez pasos.

—¡Oiga, Truman!

—¿Qué quiere, so carcamal?

—¡Vengo a darle una oportunidad para que aún cambie de destino! ¡Para que pueda evitar el fuego eterno!

Truman escupió al suelo.

—Demasiados predicadores en este país —dijo—. Y cada uno de una secta distinta. ¡Buaffff!... ¿Por qué no me invita a un trago y seremos más amigos?

—¡Yo le invito a que reflexione!

—¿Y con qué se bebe eso?

—¡Truman, se está burlando de mí! ¡Y no se lo consiento!

—No me estoy burlando, sino que me estoy muriendo de risa —dijo el pistolero—. Y ahora largo de aquí.

—No me iré hasta que reflexione.

—Pues entonces lo echaré con mi revólver.

—¿Sería capaz?

—Hombre, la duda ofende...

—Trate de hacerlo, Truman.

—Vaya genio que gastan los predicadores... ¿Es usted capaz de manejar un «Colt», espantajo?

—Si me lo entrega, claro que sí.

Riley estaba seguro de tener la razón, y de que por tanto el destino le ayudaría. El vencería a un pistolero y le haría entrar en

razón. No pensaba tirar a matar, naturalmente. Pero estaba convencido de lograr desarmarlo al primer disparo.

Truman, que siempre llevaba dos «Colt», arrojó uno al suelo.

—Recójalo, mequetrefe.

Riley lo hizo. Su mano no temblaba.

—No tengo funda...

—¿Y qué? Puede tirar directamente.

—¡No quiero ventajas!

—Vamos, no me haga reír...

Riley alzó el «Colt». En ese momento, Truman llevó la derecha a la culata de su arma.

Sonó un disparo, seco como un trallazo y el predicador lanzó un grito de asombro.

Fue lo último que hizo. Instantáneamente las manos, con las que se había cubierto la cara en un inútil gesto de defensa, se tiñeron de sangre. Cayó de rodillas y luego se desplomó de bruces sobre el polvo.

Truman, que no había tenido tiempo ni de sacar apenas el revólver, pensó:

«Magnífico ensayo... Ese condenado de Pink está a cada momento más en forma...»

Desde el ventanuco de la cárcel, Sullivan había mirado todo aquello con ojos de indecible estupor.

Estaba paralizado.

* * *

A pesar de que Hudson, al oír la detonación tan cerca, corrió con toda la rapidez de que fue capaz, cuando llegó al escenario del duelo no encontró ya rastro de Truman. Lo único que quedaba allí era el cadáver retorcido de Riley.

El *sheriff* se inclinó sobre él.

No comprendía nada de todo aquello. Según todos los síntomas, el predicador se había desafiado con alguien. Eso era absurdo, pero la prueba estaba a la vista: el «Colt» caído junto al cadáver.

¿Qué diablos había sucedido allí?

Giró el cuerpo, se convenció de que ya nada podía hacer por aquel hombre, y luego corrió hacia las esquinas más próximas para mirar a la lejanía. Tenía la esperanza de hallar alguna pista del

hombre que le había matado.

Pero no vio nada.

A pesar de que estaba seguro de que muchos ojos le contemplaban desde las ventanas entrecerradas, la verdad era que la capital parecía absolutamente desierta.

Entonces volvió al lugar donde estaba el muerto. Pensó que lo que debía hacer era llevarlo a su oficina cuanto antes. Luego ya se preocuparía de que el dueño de la funeraria viniese a recogerlo.

Pero en aquel momento vio venir a su antiguo ayudante. El joven corría hacia él con una violenta expresión de sorpresa impresa en el rostro.

—¿Qué haces aquí? —susurró el *sheriff*.

—Quería ver si necesitaba algo... Por ejemplo, comida para los presos. Pero... ¡Dios santo! ¡Es increíble! —¿Qué ocurre? ¡Habla de una vez!

Hudson se acercó a él. Le zarandeó.

—¡Habla! ¿Qué infiernos sucede? ¡Di lo que sea!

El antiguo ayudante murmuró:

—Se ha escapado Sullivan...

CAPITULO XI

La noticia era tan pasmosa que, en el primer momento, Hudson no la creyó. La celda de Sullivan era absolutamente segura, y además él llevaba siempre las llaves encima. Para que nada faltase, sólo había estado fuera de su despacho unos minutos.

Volvió a zarandear al joven, pero ahora sin darse cuenta de lo que hacía.

—¿Dices que ha huido? ¿Cómo?

—¡No lo sé! ¿O es que cree que yo lo he visto? Lo único que puedo decirle es que, al ver la oficina vacía, he pensado que estaría usted en el departamento de celdas. He entrado, y la jaula de Sullivan estaba abierta. Abierta y vacía, por descontado. ES pájaro había emprendido el vuelo.

—¿Estaba forzada la cerradura? ¿No la habían tiroteado?

—No.

—No puede ser... —farfulló Hudson—, Esa celda era la más segura de todas, y él no tenía un miserable alfiler para que le sirviese de ganzúa. Lo registré bien antes de meterlo allí dentro.

El ex ayudante balbució:

—Por un momento he creído que… Bueno, no se enfade, *sheriff*.

—¿Qué es lo que has creído?

—Que le había dado usted libertad para evitar verle muerto. La gente murmura que en otro tiempo fueron amigos.

Hudson hundió los hombros, desalentado. Se daba cuenta del peligro. Si en la ciudad llegaban a creer aquello, estaría perdido. No podría evitar un auténtico motín.

Por eso necesitaba encontrar a Sullivan. ¡Encontrarle antes de que circulara la noticia de su fuga!

—Vamos allá —decidió.

El examen de la celda le confirmó todo lo que acababa de oír. No había la menor señal de violencia. Todo estaba tan limpio y ordenado como si Sullivan hubiera dispuesto de una llave.

Pero, ¿cómo era posible? ¡Ya empezaba a dudar de que no estuviera loco!

De pronto sintió como un mazazo en el cráneo.

Una llave…

—Oye, ¿puedes quedarte aquí? —preguntó a su antiguo ayudante—. Serán sólo cinco minutos.

—Sí, jefe.

—No corres ningún riesgo. Si ves que alguien se acerca en plan de llevarse el mundo por delante, tú te largas y puedes emplear incluso la puerta trasera.

—De acuerdo. ¿Puedo saber adónde va?

—No demasiado lejos de aquí —dijo enigmáticamente Hudson.

Volvió la espalda y marchó con paso rápido. Tuvo que atravesar casi toda la ciudad, pero fue bordeándola para no pasar por el centro. Llegó entonces a su casa.

Esta le pareció más blanca, más nueva y hermosa que nunca. Pero también le pareció siniestra.

Como si una serpiente habitara en ella. Como si ahora todo fuese distinto.

Entró sin llamar. Vio en el vestíbulo a Ellen, que estaba inquieta en una de las butacas. Tenía los ojos espantosamente inmóviles. Su rigidez era la de una muerta.

Y, efectivamente, hubiera podido llegar a parecerlo, caso de no estar sentada. El silencio que la envolvía era absoluto.

Hudson se detuvo en el umbral y la miró fijamente.

—¿Por qué? —susurró.

Ella alzó la cabeza.

—¿Qué es lo que preguntas?

—Quiero saber si has sido tú la que ha ayudado a huir a Sullivan. Sólo hay un duplicado de las llaves de la cárcel, y ese duplicado se encuentra aquí.

—Lo sé.

—¿Has sido tú, Ellen?

—Sí —reconoció ella secamente.

El se llevó una mano a la frente.

—Dios santo... No tiene sentido.

—Te equivocas. Es la cosa con más sentido que he hecho en toda mi vida.

—Pero, ¿por qué...? —él había cerrado un momento los ojos—. Creo que voy a volverme loco. ¿Qué explicación tiene eso?

—No quería que ahorcaran a Sullivan, y hubiesen acabado con él si yo no llego a libertarlo.

—Pero, ¿qué te importaba a ti ese tipo? ¡No le habías visto hasta que llegó a la ciudad!

Ellen alzó los ojos. Aunque quería mostrarse indiferente, su expresión era patética. Parecía haber envejecido diez años en unos pocos minutos.

Profundas bolsas —que no había tenido nunca— se marcaban bajo sus ojos. Su boca estaba crispada en una mueca. Ella, una de las mujeres más hermosas de la ciudad, parecía de pronto una vieja derrotada y hundida. Hudson la miró con asombro.

Y de pronto comprendió. Fue como si le hubieran asestado un mazazo en el cráneo, como si se nublara su vista.

—¿Crees, de verdad, que no le había visto nunca? —balbució ella.

—No..., no es posible...

—El es el padre de mi hijo. El es el padre de Tim.

—Pero tú... ¡tú nunca me habías dicho eso!

—Ignoraba que alguna vez volvería a encontrármelo cara a cara. Para mí era ya como una especie de sombra. Toda mi vida la llenabas tú, Ted, exclusivamente tú... y de pronto él ha vuelto. En ese momento me ha parecido como si mi vida careciese de sentido.

Se puso en pie. Los efectos del sufrimiento no se notaban en su cuerpo, que seguía siendo esbelto y tentador como siempre. Volvió la cabeza para que Hudson no viese que en sus ojos habían aparecido dos lágrimas.

—Yo creía que le odiaba —prosiguió—. ¡Me había hecho tanto daño! Cien veces deseé su muerte y pensé que me alegraría si algún día le veía colgando de una cuerda. Pero cuando le distinguí allí, en la celda, esperando la muerte, no sé qué me sucedió. Tuve que hacer un esfuerzo terrible para no gritar, para fingir que no le reconocía. Y me lo imaginé entonces arrastrado por la multitud, linchado como un perro.

—¿Decidiste entonces salvarle?

—Sí. Pensé que quizá Tim vería su cadáver. Y que quizá yo un día, aunque pasasen años, tendría que confesarle: «Aquél fue tu padre.» Ese solo pensamiento me horrorizó de tal modo que no pude resistirlo.

Hudson apretó los puños.

—¿Te pidió él que le salvaras?

—No. El quedó muy sorprendido cuando me vio aparecer. Por lo visto, no esperaba nada de mí.

Hudson desvió la mirada. Tenía la boca más seca que un pedazo de desierto. Nunca se había encontrado ante un problema como aquél, un problema que destrozaba su conciencia.

El jamás se sentiría con fuerzas para matar al padre de Tim, y sin embargo, ahora no tenía otro remedio. Ahora Sullivan sólo se dejaría atrapar cuando le clavaran una bala entre las cejas.

Además, la población entera le acusaría de haberle dejado escapar él. Aparecería como un sospechoso a los ojos de todos los habitantes de la ciudad. El orden, el equilibrio que había logrado conservar en ésta, quedarían rotos quizá para siempre.

Sintió un terrible frío en la espalda, como si de repente él también hubiese envejecido.

—El que le haya salvado no significa que le quiera —musitó, a su espalda, la voz de Ellen—. Lo he hecho, sobre todo, pensando en Tim. Es extraño, pero ahora me doy cuenta de que nunca había amado... hasta que te conocí a ti.

El volvió poco a poco la cabeza. Sus ojos, ligeramente turbios, tenían una tristeza infinita.

—Es muy extraño lo que nos ha unido —susurró—. Tú también eres una mujer a la que he querido, pero de otro modo. Ahora... ahora todo es más difícil, Ellen. Y voy a salir en busca de ese hombre.

—¡Ted!

El se detuvo en la puerta.

—¿Temes que le mate?

—O que te mate él a ti. Debe haber conseguido ya un arma.

—Mejor. Así podrá defenderse.

Salió de la casa, mientras Ellen se ocultaba las facciones con las manos, rompiendo en un sollozo.

* * *

Lo primero que hizo, a pesar de la tremenda preocupación que le producía la fuga de Sullivan, fue tratar de encontrar a Nora.

Necesitaba decirle que su padre había muerto y dedicarle algunas palabras de consuelo. Las noticias son más o menos terribles según quien las da. Necesitaba garantizar a la muchacha que a ella nada le sucedería.

Pero no la encontró. Nadie respondió a sus llamadas en la casa del predicador.

La ciudad parecía desierta.

Los que no querías jaleos se habían refugiado en sus casas, y los que los querían acechaban su oportunidad. No se veía en las calles ni una sombra.

El *sheriff* pensó que quizá habría gente en el *saloon* y se dirigió allí.

Pero antes de llegar allí encontró a su ex ayudante, que caminaba como un alma en pena. Demasiado asustado para cumplir con su deber, flotaba, sin embargo, en torno al *sheriff,* quizá buscando justificarse a sí mismo.

Hudson trató de sonreír.

—Creo que voy a necesitarte otra vez, muchacho.

—¿Para pelear? Le advierto que las cosas están ahora peor que nunca.

—No, no es para pelear, sino para llevar un cadáver al cementerio. Es el de Riley, el predicador, y está detrás de la cárcel.

—Sí, ya lo he visto.

—No sé si el de la funeraria habrá ido, pero en todo caso

preocúpate tú de que el cuerpo no siga allí por más tiempo. Y si vieses a Nora..., si vieses a Nora dile que necesito hablar con ella.

—Sí, jefe.

—Voy al *saloon.* Quizá alguien haya visto a Sullivan.

—Oiga... —su ex ayudante le puso una mano en el pecho—. El ambiente, en la ciudad, está peor que nunca. ¿Para qué quiere ir al *saloon?* ¿Para buscar pelea?

—Al contrario, quiero dar una explicación si me la piden. Lo único que no puedo hacer es ocultarme como si yo fuera culpable de algo. Necesito que todo el mundo sepa que yo no he ayudado a escapar a Sullivan.

—Pero...

Hudson ya no le hizo caso, a pesar de que le pareció que el muchacho quería decirle algo importante.

Entró en el *saloon,* donde sólo había cuatro hombres, aparte del dueño y un camarero.

Tres de aquellos hombres eran desconocidos. Es decir, desconocidos a medias, porque Hudson recordaba vagamente haber visto aquellos rostros en viejos pasquines. En circunstancias normales hubiera pedido a los forasteros que se identificasen, pero ahora le preocupaban más otras cosas. Caminó a lo largo de la barra y preguntó al dueño del local:

—¿Sabe que Sullivan ha escapado?

—Eso... dicen.

—Dicen también algo más —murmuró una voz.

Hudson se volvió lentamente.

El que le había hablado era uno de los tres forasteros. Estaban junto a la barra, pero ligeramente distanciados entre sí. La posición que habían adoptado era casi ideal para un duelo.

Pero Ted Hudson no pensaba en eso. No quería exponerse a morir tontamente, antes de cumplir lo que consideraba su misión.

—¿Qué quiere insinuar? —murmuró.

—Nada. Sólo que la gente dice...

—¿Dice qué?

—Que usted le ha dejado escapar. Que eran amigos.

—Nadie puede acusarme de eso. Y menos un forastero que desconoce por completo la ciudad.

—Esa es una opinión suya, *sheriff.*

El único vecino que estaba al fondo del *saloon,* un borrachín llamado Tander —pero que ahora se encontraba tan sereno como una fuente—, alzó la voz para decir:

—Cierto. La ciudad te acusa, Hudson. Todo el mundo dice que ese asesino podría estar muerto si tú no lo hubieras defendido tanto.

—Evitar que lo linchen es una cosa; ayudarlo a escapar es otra.

—¿Tú no has intervenido?

—En absoluto.

—Entonces, ¿cómo ha podido hacerlo?

Hudson vaciló un momento, mientras se mordía el labio inferior. No podía tampoco decir la verdad, no podía acusar a Ellen. Aquella vacilación fue larga, demasiado larga, hasta que al fin pudo susurrar:

—No lo sé... No sé cómo se las ingenió. Pero cuando le capture, eso quedará muy claro.

—Yo sólo lo digo por tu bien, Hudson —masculló el borrachín—. Sabes que no soy de esos que siempre están buscando camorra; yo te aprecio. Creo que has evitado el linchamiento de Sullivan, pero a lo peor resultas linchado tú.

Uno de los forasteros rió silenciosamente.

—No habrá ocasión.

Hudson volvió la cabeza hacia él.

—¿Por qué?

—Tengo la sensación de que el *sheriff* morirá antes.

—¿Quién va a encargarse de ello? ¿Vosotros?

—Nosotros no... De verdad que somos gente pacífica, *sheriff.*

—53i de verdad sois gente pacífica, largaos en seguida de aquí. Ya he tenido bastantes conflictos para encontrarme ahora con caras que antes he visto en los pasquines.

—No puede impedir que nos quedemos, *sheriff.*

—Aún sigo representando la ley en esta ciudad. Y aún puedo decidir quién me parece sospechoso y quién no.

—Lo que queremos es ayudarle a encontrar a Sullivan.

Destilaban tanta burla las palabras del forastero —a quien Hudson había identificado como un hombre reclamado dos años antes—, que la situación se le apareció más clara que nunca.

Debía afrontar la realidad y convencerse de que, para mucha gente, él había empezado a ser un estorbo.

—De modo que Sanders os ha pagado... —susurró.

—¿Sanders? No le conocemos.

—¿No? ¡Qué raro! Todo el mundo lo conoce aquí. Va para gobernador, y a este paso lo será.

Los tres hombres se pusieron alerta. Hudson adivinaba sus pensamientos con sólo mirarlos a los ojos.

Aquel maldito Sanders no había querido dejar nada al azar. Seguro que no eran aquellos tres granujas los únicos que habían recibido dinero de sus manos para eliminarle. Un *sheriff* como Hudson, que le había desafiado, era un estorbo para el político. Tarde o temprano tendría que eliminarle, y ahora contaba con una magnífica oportunidad.

Hudson, sin dejar de mirar a los tres hombres, reflexionó durante unos segundos sobre eso. Su propia vida le pareció algo triste y carente de sentido. Los hombres como Sanders siempre terminaban triunfando, mientras que a los servidores de la ley sólo se les conservaba mientras fueran útiles. Además, aunque continuara vivo, tendría que irse de la casa que ahora habitaba, puesto que aquel político seguía siendo su dueño.

Bueno, ¿y qué?

El seguiría luchando... si le dejaban conservar la piel.

—No voy a haceros nuevas advertencias —masculló—. Más vale que os larguéis de aquí y le devolváis el dinero a Sanders. Decidle que os ha pagado muy poco por matar a un *sheriff*.

Los tres hombres se miraron fugazmente.

—Nos está acusando de ser unos asesinos a sueldo —dijo el que estaba más a la derecha.

Hudson comprendió. Ya tenían una magnífica excusa, una justificación para matarle..

Se dio cuenta de que era inevitable el duelo, pero aún trató de mostrarse conciliador.

—Os advierto que no es fácil acabar conmigo —susurró—. Tuve un magnífico maestro con el revólver.

—¿Luzbel?

—Sí.

—El verdadero discípulo de Luzbel fue Sullivan. Todo el mundo sabe eso. Tú no pasabas de ser el que les hacía compañía.

Hudson sonrió secamente. No sabía por qué, pero sentía una

extraña opresión en el pecho.

—Más vale que no lo probéis —susurró.

Los tres hombres se habían distanciado un poco más.

Hudson se dio cuenta de que tanto el dueño del *saloon* como su ayudante se habían cobijado bajo la barra. El borrachín estaba tumbado en el suelo. Todo el mundo había querido apartarse del camino inevitable de las balas.

Eran tres contra uno, y Hudson se dio cuenta de que sus posibilidades de sobrevivir resultaban mínimas.

Pero algo parecía haber renacido en él. Era como una lejana voz, como un instinto que alguien le enseñó a tener cuando Sullivan y él cabalgaban libres por la pradera.

De pronto se arqueó su cuerpo.

Los tres hombres se habían movido también. Curiosamente, los tres hicieron el mismo gesto. Se inclinaron hacia el lado derecho, mientras sacaban los revólveres con velocidad vertiginosa.

Hudson se había dejado caer a tierra, apoyándose con la mano izquierda en el suelo. La derecha disparó.

Las tres detonaciones formaron en realidad como una sola, un poco más larga. De los tres pistoleros sólo uno llegó a disparar, rozando con su bala la camisa del *sheriff*.

El asombro estaba impreso en sus rostros. Lanzaron un mismo grito, un mismo rugido, mientras caían hacia atrás.

Parecían no creerlo.

Los disparos habían sido tan fulminantes que ni siquiera tuvieron tiempo de oírlos. Sólo sintieron el choque brusco de las balas en sus pechos. Cuando quedaron espantosamente quietos en el suelo, con los ojos muy abiertos, la misma expresión de asombro se marcaba en sus facciones.

Esa misma era la expresión del dueño del *saloon,* del ayudante y del borrachín que seguía al fondo del local y que después de los disparos se había ido incorporando lentamente.

El borrachín farfulló:

—Ha sido... increíble.

Hudson sopló en el cañón de su revólver.

—He tenido suerte, eso es todo.

—Sólo he visto un hombre que supiera tirar así. Y que empleara esa misma táctica cuando se enfrentaba a más de un enemigo a la

vez.

—Pues si lo ha visto, olvídelo.

—Nunca podré olvidar a aquel hombre —dijo el borrachín desde el fondo del *saloon*—. Ni podré olvidar tampoco el apodo que le daban.

Hudson fue a salir de allí. Pero se detuvo en la puerta, como si una mano invisible le hubiera inmovilizado, al oír aquel nombre.

—Le llamaban Luzbel.

—Es una historia pasada —dijo el *sheriff* roncamente.

—No, no es una historia pasada —dijo el otro, irguiendo su cuerpo—. Usted fue su discípulo, Hudson. ¡Usted fue el hombre a quien Luzbel enseñó a matar! ¡No fue Sullivan, como todos creíamos, sino usted, el intachable, el *sheriff* que amaba la ley sobre todas las cosas del mundo! ¡Usted, que fue educado por un asesino!

Hudson volvió la cabeza, desde los batientes de la entrada. Sus ojos reflejaban un dolor quieto, profundo, un dolor que parecía haber llegado a envenenar su sangre.

—Luzbel no era un asesino —dijo—, pero sí un fuera de la ley. Y precisamente por eso yo juré que respetaría la ley durante toda mi vida. Porque me di cuenta de lo que vale ser sencillamente eso: un hombre honrado.

El dueño del *saloon* acusó:

—¡Nadie conocía su pasado! ¡Y lo que acaba de confesar le deshonra, *sheriff!* ¡Tendrá que renunciar a la estrella!

Hudson, por toda respuesta, la descolgó lentamente de su pecho.

Y la colgó en uno de los clavos que había en la pared del *saloon,* como si fuese un adorno.

—El que se crea con derecho a ella, puede ponérsela —musitó—. Yo no se lo impediré.

Empujó los batientes con el pecho. Antes de salir oyó todavía la voz del dueño del *saloon:*

—Ahora ya no tiene ninguna autoridad sobre nosotros, Hudson. ¡Es solamente un ciudadano como los otros! ¡Y si pretende defender otra vez a Sullivan, será tratado como un delincuente vulgar! ¡Como el cómplice de un asesino!

Hudson murmuró antes de salir:

—Mientras llevaba la estrella sí que he estado a punto de ser cómplice de un asesino sin darme cuenta. Cómplice de Sanders…

CAPITULO XII

Tim lanzaba piedras al riachuelo pensativamente. Veía cómo éstas formaban círculos en el agua, círculos que luego se deshacían lentamente. Atrás quedaban la ciudad y la sensación de agobio que a veces había sentido en ella. La libertad que ahora rodeaba al pequeño era absoluta. En aquella soledad se sentía dueño de la naturaleza, dueño de todo. Por el solo hecho de lanzar piedras al río, le parecía como si también pudiese dominarlo.

Tim amaba salvajemente aquella libertad. Por su gusto hubiera vivido siempre así.

¿De dónde procedía aquel sentimiento? ¿Quizá su padre amó siempre la libertad, y él se le parecía? Pero ¿quién había sido su padre? ¿Y cómo había muerto?

De pronto oyó una voz a su espalda.

—Hola, Tim.

Se volvió de pronto, sobresaltado, porque creía encontrarse absolutamente solo.

Un hombre alto y joven estaba ahora ante él. Era un hombre de aspecto simpático, pero ahora una tristeza inmensa parecía flotar en sus ojos. Los niños tienen una sensibilidad especial para captar esas cosas, y Tim no fue una excepción. Además, adivinó en seguida que el aparecido no le causaría ningún daño.

—¿Cómo me conoce? —susurró.

—He preguntado por ti.

—¿Por qué?

—Yo soy muy amigo de tu madre —dijo el hombre, sentándose junto al pequeño y arrojando también una piedra al agua—. Lo que no sabía era que fueses ya un verdadero hombre.

Tim rió, halagado.

—¿Cómo te llamas tú? —preguntó.

Sullivan cerró un momento los ojos, para que el pequeño no viese la tristeza que anidaba en ellos.

—Llámame como quieras. Amigo, por ejemplo.

—¿De dónde has venido?

—De por ahí...

—¿Cómo es que no llevas revólver?

—He perdido el mío. ¿Es que te gustan las armas?

—Mi tío, que es el *sheriff,* siempre tiene revólveres estupendos. Pero no quiere que los toque.

—Es natural.

—¡Pero si aquí todo el mundo dice que hace falta saber disparar!

—Cuando tú seas mayor, esto habrá cambiado. Bueno, habrá cambiado un poco... Yo creo que entonces no hará falta ser el más rápido «sacando*. De modo que tu tío tiene razón. ¿Vas a la escuela?

—Sí, pero hoy no había clase. No sé qué pasa en las calles, Parece como si todo el mundo se hubiera muerto.

—En efecto —dijo Sullivan tristemente—, eso parece... Oye, tú quizá querrás comprarte alguna cosa.

—¿Yo?

—Algún juguete, o quizá un libro. ¿Tienes dinero?

—No. El que me da mi tío siempre me lo gasto.

Sullivan extrajo de uno de sus bolsillos dos piezas de oro. Hudson le había permitido conservarlas en la cárcel.

—Mira, quiero que le des esto a tu madre. Y le dices que un amigo tuyo te lo ha dado para que te compres un traje nuevo. Un traje completo, ¿eh? Y botas tejanas incluidas.

El pequeño aceptó aquello con naturalidad.

—Gracias... Mamá estará muy contenta... Pero hay otra cosa que aún me haría más ilusión.

—¿Cuál?

Tim se tendió del todo sobre la hierba. Señaló hacia arriba.

—¿Ves aquel árbol?

—Sí. Y es curioso... Hay una flecha clavada en la rama más alta.

—La clavó tío Hudson. Hacía un día unas pruebas con un indio. Hudson tuvo más puntería que él.

—Ya lo veo; es un tiro difícil.

—La flecha se quedó ahí —dijo pensativamente Tim—. Es muy bonita, ¿verdad? La auténtica flecha, llena de adornos, de un jefe indio . Tío Hudson me dijo que algún día yo sería un hombre y subiría a buscarla. Que entonces la flecha sería mía.

—¿No has intentado nunca subir?

—Sí, pero ese árbol es muy resbaladizo. La humedad del río hace que el tronco siempre esté mojado; eso me explicó la maestra.

Sullivan rió.

—Tío Hudson tiene razón.
—¿Por qué?
—Algún día serás hombre. Quizá antes de lo que piensas.
—Pero a mí me gustaría tener la flecha…
—Todo llegará —musitó Sullivan—. Ahora ve a ver a tu madre. Y estudia mucho en la escuela. Mucho, ¿sabes? Ser hombre no sólo consiste en saber alcanzar una flecha… Oye, Tim.
—¿Qué?
El pequeño le miraba fijamente, extrañado ante el tono profundo, demasiado grave de las palabras de aquel desconocido.
—¿Quieres darme la mano?
—¡Pues claro!
Sullivan se la estrecho suavemente, con una lenta dulzura, con una tristeza que poco a poco iba tiñendo sus ojos.
—Los hombres se despiden así —dijo poco a poco.
—¿Es que no. volveremos a vernos?
—Creo que no, Tim.
—¿Es que te vas?
—No. Creo que… me *quedo.*
Acababa de oírse, el rumor de los cascos de tres caballos en el sendero que conducía hasta el río. Sullivan comprendió que debía tratarse de una de las varias patrullas que habían salido en su busca.
Se puso en píe.
Los tres jinetes aparecieron de pronto por entre los matorrales. Iban armados con rifles, y miraban al otro lado del río. Debían pensar que el fugitivo lo había cruzado a nado. Ni siquiera les cabía en la cabeza que pudiera estar tan cerca.
Lo cierto fue que no le vieron.
Sullivan se había lanzado a tierra instantáneamente, sin pensarlo, guiado sólo por su instinto de hombre que siempre fue perseguido. El pequeño Tim le miró, asombrado, y luego miró a los hombres que se habían detenido apenas a una docena de pasos de distancia.
Sullivan estuvo a punto de salir, poniéndose en pie. «Bueno, ¿para qué luchar?», pensó.
Pero uno de los perseguidores hablaba en aquel momento.
—Oye, Tim.
—¿Qué, señor?
—¿Has visto por aquí a un tipo joven y mal vestido?

El pequeño, de pie junto al río, miró de soslayo al hombre que estaba tendido casi junto a él.

Sus facciones no se alteraron. Sullivan pensó que el muchacho no sabría disimular. Casi sintió una sacudida cuando oyó su voz temblorosa.

—No..., no, señor. No he visto a nadie.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Bastante, señor.

—¿Y no has visto pasar a un hombre nadando al otro lado del río?

El pequeño apretó los labios un momento. Luego susurró:

—A un hombre nadando sí que lo he visto.

—¿Cuándo?

—Pues... hará una media hora.

Los tres hombres se miraron a un tiempo. Al fin, el que parecía dirigirlos tomó una decisión.

—¡Vamos allá!

Espolearon a sus caballos y pasaron casi por encima de Sullivan, que seguía tendido en tierra. Se produjo un brusco chapoteo cuando los cascos se hundieron en el agua.

El río se podía atravesar en toda su anchura a caballo sin que los cascos de éstos dejaran de tener contacto con el fondo, pero un hombre solo se veía precisado a nadar para llegar a la otra orilla.

Sullivan permaneció inmóvil hasta que los hombres de la patrulla estuvieron en el centro del río. Luego alzó la cabeza y miró al pequeño Tim.

Había la vez ternura y sorpresa en sus ojos.

—¿Por qué les has dicho eso? —susurró.

—No sé. Me ha parecido que... Me ha parecido que si no lo hacía acabarían matándolo.

Sullivan se puso en pie.

—Te lo agradezco mucho, Tim. Te agradezco de verdad lo que has hecho, aunque el resultado, al final, sea el mismo. Ahora sí que eres un hombre porque te das cuenta de las cosas.

Tim también le miraba fijamente.

—¿Quién es usted? ¿Qué ha hecho?

—He hecho muchas cosas malas, pero una fue peor que las otras —musitó Sullivan—: no conocerte antes.

—¿Qué quiere decir?

—Algún día lo entenderás, Tim. Eso es lo único que puedo decirte ahora Pero realmente eres ya un hombre y me gustaría poder darte esa flecha.

Iba ya a trepar al árbol cuando se oyó otra vez ruido de cascos, pero ahora más lejanos.

Por lo visto, todo aquello estaba lleno de patrullas buscándole.

Sullivan desistió de su intento y volvió junio al pequeño.

—He de hacer algo más importante aún —susurró—, pero volveré. Volveré, te lo juro. Hasta pronto, Tim... Y gracias.

Luego volvió la espalda y se alejó entre los árboles, mientras Tim, sintiendo en el corazón una pena que no lograba entender, le miraba con los ojos muy abiertos.

CAPITULO XIII

Truman estaba allí.

Seguía apoyado en una columna de un porche, fumando indolentemente y mirándolo todo con su eterna expresión de hastío.

Sus labios estaban plegados en una mueca. Parecía el hombre más aburrido de la ciudad.

Sin embargo, un observador atento se hubiera dado cuenta de que Truman miraba a todas partes y de que su derecha estaba constantemente cerca del revólver.

De pronto todo su cuerpo se tensó. Sus ojos brillaron.

—*¡Sheriff!...*

Hudson se detuvo.

Había caminado por el centro de la calle hasta entonces, sin verlo. Estaba ensimismado, hundido en sus propios pensamientos.

Aquella voz pareció volverle a la realidad. Se detuvo frente a Truman, a la distancia de quince pasos.

El pistolero reía suavemente.

—Hola, *sheriff* —dijo, ahora con voz más suave.

Hudson dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—¿Qué quieres, Truman?

—He oído contar muchas cosas de usted, amigo mío.

—¿Sí?

—La gente dice por ahí que ha dejado escapar a Sullivan. Pero ya se sabe: la gente es muy mala.

—No tengo ahora tiempo para perderlo en tonterías, Truman. Continúe fumando y espantando a las moscas con el humo, si le parece bien. Yo también busco a Sullivan.

—¿Por la ciudad?

—Tengo razones para creer que no habrá ido muy lejos.

—Se ve que lo conoce bien.

—Eso no le importa a nadie.

Truman volvió a reír silenciosamente. Toda aquella situación parecía divertirle mucho.

—Es que he oído contar otras cosas de usted, amigo Hudson. Cosas muy divertidas.

—¿Por ejemplo ..?

—Que colgó la estrella.

—Es cierto, ya no la llevo.

—¿Le daba vergüenza?

—Eso no es asunto suyo, Truman.

El pistolero sabía que el duelo era inevitable, pero se regocijaba con ello. Prolongaba intencionadamente la conversación para que Pink tomara posiciones perfectamente y tuviera el revólver preparado para el momento preciso.

—De todos modos yo seguiré llamándole *sheriff* —susurró—. ¡Hace tan bonito! Pero me han dicho, además, otras muchas cosas.

—Abrevie, Truman.

—¿Por qué tanta prisa? Al fin y al cabo no hago nada malo... También me han asegurado que ha hecho una escabechina en el *saloon.*

—Eran unos cuantos granujas pagados por Sanders.

—Es que la gente habla y habla... Lo que yo decía: ¡la murmuración es un vicio tan nefasto! Dicen que el auténtico discípulo de Luzbel, aquel tirador prodigioso, tuvo que ser usted en lugar de Sullivan.

—Imagine que es cierto.

—Eso significaría que es usted un granuja, Hudson. Un granuja peligroso.

—No es ningún delito el que a uno le hayan enseñado a disparar bien. ¿Satisfecho, Truman?

—¿Por qué me lo pregunta en ese tono?

Hudson había apoyado negligentemente ambos pulgares sobre su cinturón-canana.

—Porque ahora voy a empezar yo.

—¿Qué quiere decir?

—Buscaba a Sullivan, pero estoy pensando que ha sido una suerte encontrarle a usted, Truman. También quería que nos viésemos las caras.

—¿Para qué?

—Le acuso del asesinato del predicador Riley.

—¿A mí? No diga tonterías, hombre...

—¿Niega que fue usted quien disparó?

—No lo niego, pero fue un duelo legal. El fue quien me provocó y me obligó a «sacar».

—¿Riley? Ese hablaba mucho, pero era incapaz de desafiarse con nadie.

—Ya le he explicado lo que sucedió. Y no permitiré que me pregunte más sobre ese asunto.

Hudson arqueó los labios en una extraña mueca.

—Muy bien, amigo. Eso mismo se lo explica al juez.

—¿Significan sus palabras que piensa detenerme?

—Y ahora mismo.

Truman lanzó una carcajada. Las cosas se le estaban poniendo mejor de lo que suponía.

Debía haber testigos tras las ventanas semicerradas y todos afirmarían luego que Hudson le provocó. Que le provocó cuando era un don nadie, puesto que ya había devuelto su estrella.

—Bueno, amigo —dijo—, yo me dejaría conducir con mucho gusto ante el juez si usted representara algo en esta ciudad, pero ya no representa nada. Devolvió su estrella, que ahora sólo debe servir para que en ella duerman las moscas. De modo que lárguese y déjeme en paz.

—Me largaré con usted, Truman.

—No me diga…

El antiguo *sheriff* entreabrió ligeramente las piernas. Sus ojos se achicaron, como si lo único que tuviera delante fuese el punto de mira de su revólver.

En aquel momento una voz dijo desde uno de los porches:

—Más vale que se largue, Hudson. Está usted provocando a un hombre que sólo le ha hecho unas preguntas. Yo serviré de testigo más tarde.

Hudson volvió ligeramente la cabeza. Distinguió a Sanders, vestido como un caballero, pero con un revólver bien visible a la altura de la cadera derecha.

Sonrió.

—Celebro que haya aparecido por aquí, Sanders. Quería decirle dos cosas.

—¿Sí? ¿Y por qué no las dice?

—No hay inconveniente. La primera de ellas, es que pretende distraerme para que ese tipo me mate con más facilidad.

—¿Y la segunda?

—Que es el canalla más grande que ha pisado Texas. Y que le

acuso de vulnerar unas cuantas leyes que ya enumeraré debidamente ante el juez. No será usted elegido gobernador, Sanders; no lo será mientras yo continúe vivo.

Los labios de Sanders temblaron.

Se daba cuenta de que aquella amenaza no era vana. Ahora cualquier imponderable podía decidir las elecciones, que ya eran inmediatas. Por eso rugió:

—¡No es más que un miserable! ¡Ha ayudado a escapar a Sullivan! ¡Mátale, Truman! ¡Mátale, maldita sea!

Sus palabras sonaron como trallazos, pero no produjeron, extrañamente, ningún efecto en Truman ni en Hudson.

Porque ambos estaban ocupados por algo más sorprendente. Ambos miraban hacia un mismo lado de la calle, donde acababa de aparecer una especie de fantasma.

Sullivan estaba allí.

Llevaba entre la camisa y el pantalón un revólver viejo y casi oxidado, que nadie sabía de dónde había podido sacar. Era más que posible que lo hubiese encontrado abandonado en cualquier sitio.

Sullivan avanzaba tranquilamente, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y una extraña sonrisa en su rostro.

Diríase que se sentía satisfecho.

Diríase que por primera vez su vida tenía un sentido, algo que le daba valor.

Lo mismo Hudson que los otros dos hombres estaban boquiabiertos. Ninguno de ellos podía comprender cómo Sullivan había tenido la audacia de presentarse allí.

Ya no era un fugitivo. Ahora, cosa incomprensible, parecía más bien un acusador, un fiscal.

Se detuvo a unos veinte pasos.

Todos le miraban sin comprender, sin acertar a hablar. Fue Hudson, al fin, quien primero recobró la serenidad.

—Sullivan —ordenó con voz clara—, tira ese revólver y entrégate antes de que las cosas se compliquen más.

Sullivan permaneció quieto, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, mirándoles fijamente.

—Puede que me entregue —musitó—, pero antes he de hacer unas cuantas cosas. La primera de ellas, para que todos la oigan, es decir que tú no me ayudaste a escapar.

—Eso ya no importa, Sullivan; he renunciado a mi cargo.

—De todos modos me gusta que las cosas se aclaren. Pero ésa es solamente una de las cosas que pensaba decir.

—¿Cuál es la otra?

—Que acuso a Truman de asesinato.

Truman arqueó una ceja. Se sentía tranquilo gracias a la presencia de Pink a su espalda. La situación incluso le pareció divertida.

—¿Tú, un asesino, me acusas a mí?

—Desde la celda vi cómo moría Riley. Y conozco el truco, amigo.

—¿Qué... truco?

Ahora fue Sullivan quien rió lentamente.

—Adivina adivinanza, muchacho... A lo mejor lo descubres tú también. Pero aún he de hacer una nueva acusación, y ésa pica más alto. Acuso a Sanders de haberte contratado. De haber enviado hombres para matar al *sheriff* Hudson. Y de haber querido asegurarse las elecciones por métodos ilegales y miserables.

Sanders había palidecido.

No esperaba aquello, y aunque la acusación proviniera de un hombre como Sullivan, podía dar al traste con todas sus ambiciones.

Convenía que no hablara demasiado. Si él le hacía callar con un disparo, nadie le criticaría por eso. Sullivan, al fin y al cabo, era un reclamado. Si él se movía a tiempo...

Llevó la derecha al revólver con una habilidad más propia de un pistolero que de un político.

Logró tener el «Colt» en línea de tiro y lanzó un grito de triunfo al creer que mataría fácilmente a Sullivan.

Pero, de pronto, en su rostro se dibujó una expresión de asombro, de estupor, de miedo. Farfulló algo ininteligible mientras unas manchas escarlata aparecían en su inmaculada camisa. Gritó al ver frente a él aquellas cortas llamaradas que parecían surgir del aire mismo.

Sullivan había sido más rápido. Sullivan demostró que, pese a no ser el discípulo predilecto de Luzbel, resultaba el hombre más rápido de la ciudad después de Hudson.

Las cuatro balas que Sanders recibió eran necesariamente mortales. Cayó hacia atrás, llevándose las manos al pecho, mientras soltaba el «Colt» que había llegado a tener en línea de tiro.

Ni Truman ni Hudson se habían decidido a intervenir aún.

Para ambos, aquello resultaba demasiado asombroso, casi increíble.

De pronto, Hudson se movió. Extrajo su revólver pensando que, con un balazo certero, podría desarmar a Sullivan.

Pero éste hizo un nuevo disparo. Envió una bala hacia un lugar aparentemente absurdo, detrás de Truman.

Quizá fueron dos los disparos que se cruzaron. Todo sucedió tan rápidamente que Hudson, pese a su experiencia, no pudo distinguir si se había producido una detonación o dos.

Quedó como paralizado al ver al hombre que acababa de surgir de una esquina del edificio que tenía frente a él. Un tipo que se llevaba las manos al cuello, mientras de su garganta escapaba un espantoso chorro de sangre.

Era el *sheriff* Pink.

Pink intentó hablar, pero su propia sangre le ahogaba. Sólo pudo emitir un grito ronco y agónico mientras avanzaba tambaleándose hacia el centro de la calle. De pronto sus rodillas se doblaron, miró a Sullivan con expresión de terrible estupor y, dando casi una vuelta completa sobre sí mismo, cayó muerto a los pies del hombre a quien había calculado asesinar.

Sullivan farfulló:

—Este hombre fue quien verdaderamente mató a Riley. Yo lo vi desde el ventanuco de mi celda. Y también te hubiera matado a ti, Hudson, mientras que todos los testigos jurarían que el autor de los disparos fue Truman.

Hudson sintió una extraña opresión en la garganta.

—¿Sólo has vuelto por eso, Sullivan? ¿Sólo por eso has renunciado a huir?

—He vuelto… porque tenía que volver. Porque ya era hora de que hiciese en mi vida una cosa digna.

De pronto dio media vuelta y echó a andar por donde había venido. Su actitud era incomprensible o, al menos, nadie supo comprenderla entonces. Ni Truman ni Hudson se movieron.

Transcurridos unos instantes, fue Truman el que primero lo hizo. Con una maldición, llevó la derecha a su revólver.

Pero la voz helada, metálica, de Hudson, le detuvo.

—Un momento, Truman. Este es un asunto entre tú y yo.

Tenía la derecha a la altura del revólver, pero sin tocarlo aún. Truman comprendió que él tenía ventaja, puesto que ya estaba empuñando su «Colt». Las décimas de segundo decisivas estaban de su parte.

Gritó mientras cerraba el dedo sobre el gatillo, mientras pensaba que iba a enviar a Hudson al infierno. Sus labios llegaron incluso a dibujar una sonrisa.

Pero de pronto aquella sonrisa se borró. Se transformó en una mueca agónica.

¡Era increíble! ¡Ningún ser humano podía tener aquella rapidez diabólica!

Tres botones rojos se marcaron en su camisa, exactamente a la altura del corazón, cuando aún no había tenido tiempo ni de hacer un solo disparo. Truman se tambaleó, rechinó los dientes e hizo una mueca de terrible agonía, mientras aún trataba de apretar el gatillo. De pronto se derrumbó. Sus facciones se empotraron en el polvo.

Hudson guardó su revólver lentamente. Sus labios se entreabrieron para decir solamente:

—Ha muerto un asesino.

Cruzó la calle, mientras rostros asombrados aparecían a las ventanas que empezaban a abrirse. El antiguo *sheriff* sentía como si su vista se hubiese nublado, como si todo aquello le sucediese a otro, no a él. Sólo veía la espalda de Sullivan, que se alejaba en dirección al río.

¿Por qué? ¿Qué era lo que pretendía aquel loco?

¿Huir tal vez? ¿Es que no se daba cuenta de que eso ya era imposible?

Pero de pronto se detuvo, mientras en su rostro se dibujaba, una vez más, una mueca de sorpresa. No, Sullivan no había querido huir. Se había detenido junto al pequeño Tim, que continuaba junto al río.

Sullivan no dijo una palabra. Simplemente acarició la cabeza de Tim y empezó a trepar al húmedo árbol donde estaba la flecha. Lo hizo con dificultad, jadeando, como si aquello le costara un terrible esfuerzo. Su cuerpo progresaba sobre el húmedo tronco centímetro a centímetro.

Hudson no decía una palabra. Sentía otra vez aquella cosa blanda y espesa en su garganta, aquel algo que le impedía respirar.

Al fin, Sullivan llegó a la copa del árbol y desclavó la flecha. La puso entre los dientes y descendió también con un terrible esfuerzo. Al llegar abajo, se sostuvo difícilmente en pie.

Tendió la flecha a Tim. Sus labios trataron de sonreír. Sus ojos estaban húmedos.

—Toma —susurró—. Quería ser yo quien te la diese porque..., porque ya eres un hombre.

Hudson no quiso mirar el tronco del árbol.

No quiso ver la sangre que corría por éste, la sangre que había ido dejando el cuerpo de Sullivan.

No quiso ver tampoco la mancha roja, espantosa ya, que se había ido formando en la camisa del hombre.

Ahora se daba cuenta. No había sido un balazo, sino dos. Sullivan le había salvado la vida al matar a Pink, porque de lo contrario él habría sido la víctima de la trampa al desafiarse con Truman.

Se inclinó sobre el cuerpo del amigo de su infancia cuando éste cayó, Sullivan respiraba fatigosamente, en los últimos espasmos de la agonía. Intentó sonreír.

—Te lo dije en la cárcel, muchacho... —jadeó—. Hubiera sido magnífico... actuar los dos en la misma ciudad... Yo como ayudante tuyo. No hubiera chistado... ni una mosca.

Dio una palmada al aire, como queriendo saludar a Tim, y luego quedó exánime, espantosamente rígido y quieto.

Tim estaba muy quieto también. Tenía los ojos húmedos. Sentía un terrible deseo de llevarse las manos a los ojos y llorar, llorar desesperadamente, sin saber por qué.

No hubiera podido resistirlo, caso de no estar junto a Hudson. Pero éste le acarició la cabeza suavemente.

—Vámonos de aquí, Tim —susurró—. Tengo que avisar a tu madre antes de enterrar a Sullivan. Ella querrá verlo, ¿sabes? Y tendré que ayudarla a rehacer su vida. Porque la rehará, no lo dudes. También tengo que ver a una muchacha llamada Nora, pero ése es un asunto mío. Desesperadamente mío.

Le puso una mano en los hombros, mientras caminaban entre los árboles.

—Ahora ya eres un hombre —musitó, señalando la flecha—, y ser hombre de verdad resulta más complicado de lo que parece. Pero

tú siempre estarás junto a mí, Tim, aunque vivamos en otra ciudad. Yo te ayudaré... y sé que Nora también lo hará. Y sé también que tu madre resurgirá de su dolor porque tú le darás fuerza, Tim. Porque pronto sabrá que un hombre ha muerto, pero también ha nacido un hombre.

Llegaron a lo alto del pequeño declive que resbalaba hasta el río. Unos cuantos habitantes de la ciudad se habían acercado allí. Todos estaban envueltos en un extraño silencio. El rencor había desaparecido de sus rostros.

Todos vieron el cadáver de Sullivan tendido junto al río.

Y todos se quitaron los sombreros poco a poco, silenciosamente.

F I N

[image]